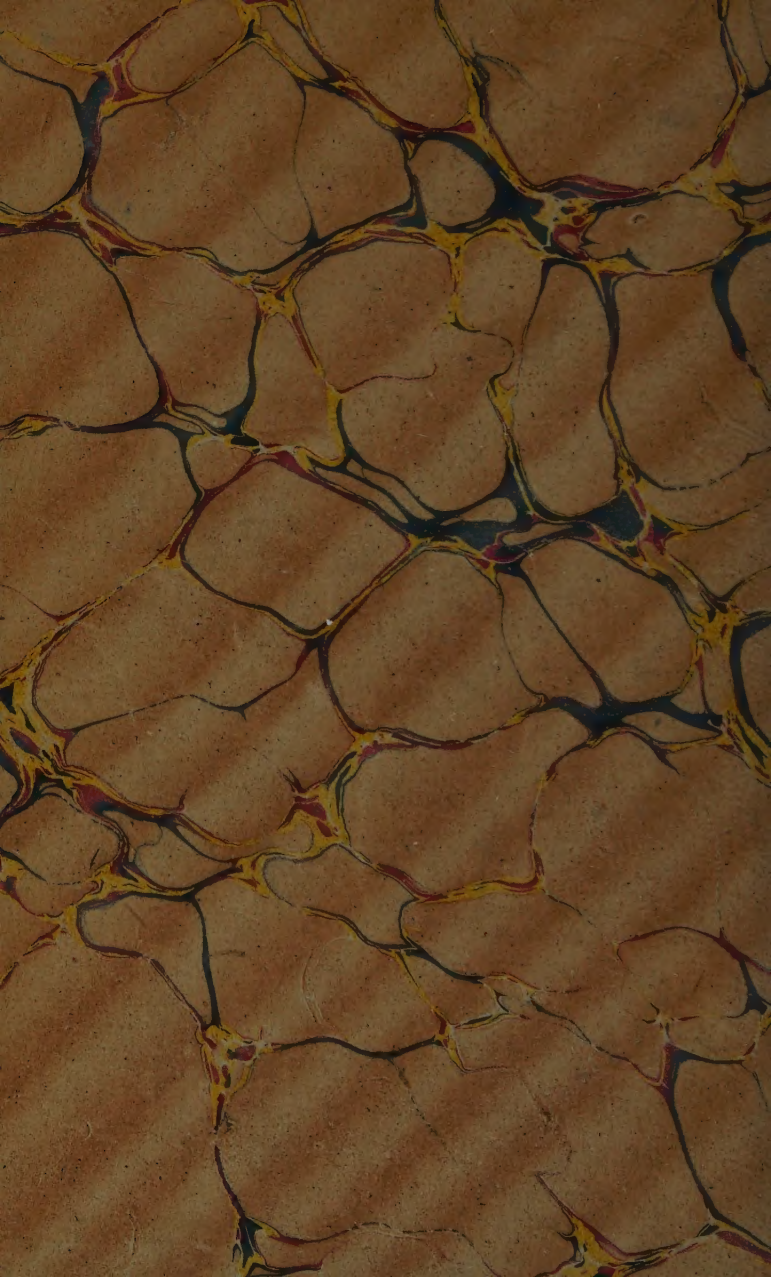
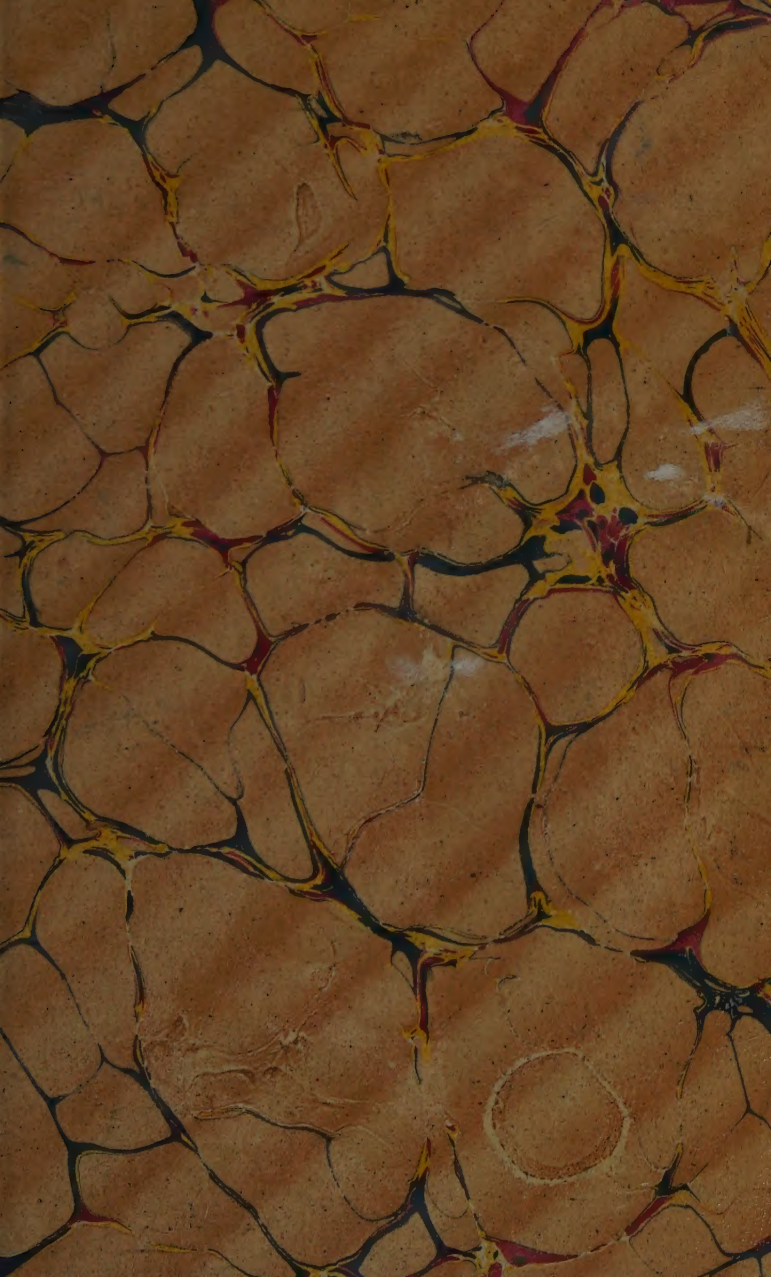


PQ
6623
A82
M25
1913
mn

UNIV. OF ARIZONA
Martínez Sierra, Gr/Madrigal : comedia e mn

3 9001 03948 6967







G. Martínez Sierra



Madrigal

Renacimiento

MADRIGAL

897

OBRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA

EL POEMA DEL TRABAJO. DIÁLOGOS FANTÁSTICOS.

FLORES DE ESCARCHA.— <i>Segunda edición</i>	3,50
SOL DE LA TARDE.—Novelas.— <i>Segunda edición</i>	3,50
TEATRO DE ENSUEÑO.— <i>Segunda edición</i>	3,50
LA CASA DE LA PRIMAVERA.—Poesías.— <i>Segunda edición</i>	3,50
TÚ ERES LA PAZ.—Novela.— <i>Segunda edición</i>	3,50
EL AGUA DORMIDA.—Novelas.....	3,50
LA VIDA INQUIETA. Glosario espiritual.....	3,50

TEATRO

LA SOMBRA DEL PADRE. EL AMA DE LA CASA. HE-

CHIZO DE AMOR.— <i>Segunda edición</i>	3,50
CANCIÓN DE CUNA. LIRIO ENTRE ESPINAS. EL IDEAL <i>Segunda edición</i>	3,50
PRIMAVERA EN OTOÑO	3,50
EL POBRECITO JUAN.....	1,50
MADAME PEPITA.	3,50
LA TIRANA	2,50
MAMÁ. EL ENAMORADO... ..	3,50

G. MARTÍNEZ SIERRA

MADRIGAL

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el TEATRO LARA la noche del 6 de Mayo de 1913,
en el beneficio de Catalina Bárcena.



MADRID
RENACIMIENTO

Pontejos, 3.

1913

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

862.59
m37a

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ANA MARÍA.....	CATALINA BÁRCENA.
DOÑA MARGARITA.....	LEOCADIA ALBA.
CARMELINA.....	MERCEDES PARDO
MANUELA.....	VIRGINIA ALVERÁ.
ALDEANA.....	EUGENIA ILLESCAS.
AGUSTÍN.....	LUIS MANRIQUE.
FRANCISCO.....	RICARDO VARGAS.
JUAN.....	SALVADOR MORA.
PEDRO.....	JOSÉ ISBERT.

ACTO PRIMERO

Salón de piso bajo en el palacio de doña Margarita de Aldana. Grandes ventanales abren al fondo sobre un gran jardín admirablemente cuidado. Al fondo, la sierra de Guadarrama. A la derecha, gran chimenea de campana, en la cual, aunque es primavera y el jardín está lleno de flores, hay lumbre encendida. A un lado de la chimenea, puerta que comunica con las habitaciones interiores. A la izquierda, puerta por la cual se va á otras habitaciones y á la calle. El salón está lujosamente amueblado con grandes y cómodos sillones de cuero y seda de estilo inglés moderno y antiguo español. Una mesita delante de la chimenea y otra cerca del ventanal. Piano. Tapices en las puertas. Cuadros y platos de vieja porcelana morisca en las paredes. En la chimenea calderito de cobre dorado. Como lámparas, que han de encenderse al fin del acto, velones antiguos, en los cuales se ha instalado la luz eléctrica. Por toda la habitación, en el suelo, en los ventanales, sobre las mesas, junto á la chimenea, profusión de magníficas macetas floridas, azaleas, margaritas dobles, lilas tempranas. En las mesitas, libros, y en el piano, libros y papeles de música. Es preciso que la decoración dé idea, á pesar de

su extraordinario lujo, de habitación en la cual se vive á diario, y con absoluta sencillez y comodidad, porque los dueños de la casa están acostumbrados á manejar familiarmente todas las cosas caras y artísticas que sirven de marco á sus vidas. :

Al levantarse el telón, Doña MARGARITA, sentada en un sillón junto á la chimenea, que estará encendida, escucha con atención á PEDRO, que toca al piano una sonata de Beethoven.

Doña Margarita es una señora de ochenta y cuatro años; está medio ciega y se mueve con dificultad, siempre apoyada en un bastoncito y ayudada por alguien, pero conserva, á pesar de todo, vivacidad de genio y carácter burlón y amigo de hacerse ilusiones.

Pedro es hombre de setenta y cinco años, pulcramente vestido de negro, pero modestísimamente. Es organista de la parroquia y devoto servidor de doña Margarita, quien en su mocedad quiso pagarle la carrera de cura, que él ahorcó por amor á unos ojos negros. Aún le queda, sin embargo, en acento y modales, el indeleble sello de cuatro años pasados en el seminario, y es extraordinariamente timorato y devoto.

MARGARITA

Cuando Pedro termina de tocar.

Gracias, Pedro.

PEDRO

Sin levantarse del piano. .

¿Quiere la señora que toque otra cosa?

MARGARITA

No, no; basta de música: estoy muy impaciente.
Manuela, ¿qué hora es?

PEDRO

Las seis, señora. Manuela no está aquí.

MARGARITA

Llámalas.

PEDRO

Sí, señora.

Entra MANUELA: es una criada
vieja también, pulcramente vestida
de negro, y también harto viva de
genio.

¡Manuela!

Acercándose á la puerta.

MANUELA

¿Qué manda la señora?

MARGARITA

¿Está todo dispuesto?

MANUELA

Todo, señora: desde esta mañana.

MARGARITA

¿Las habitaciones bien limpias?

MANUELA

Las he arreglado yo, señora.

MARGARITA

¿La cama hecha? Porque puede que venga cansado y se quiera acostar en seguida. ¿Habéis puesto flores?

MANUELA

La señorita Ana María se ha ocupado de eso: sí, señora, muchísimas.

MARGARITA

¿Todavía no ha vuelto?

MANUELA

¿La señorita? No, señora; ya sabe la señora que está en el pueblo, pero no puede tardar.

PEDRO

¿Quiere la señora que vaya yo á buscarla?

MARGARITA

¡No, no! Tú tienes que bajar con el coche á la estación. ¿A qué hora llega el tren?

PEDRO

A las ocho, señora.

MARGARITA

¿Han enganchado ya?

MANUELA

No, señora; si aún no son las siete.

MARGARITA

¡Las seis, las seis! ¡A ver si se pasa la hora, y cuando llegue á la estación se encuentra solo!

MANUELA

Descuide la señora. Ramón tiene ya orden de enganchar.

MARGARITA

Con qué calma tomáis vosotros las cosas. ¡Que enganche ahora mismo!

MANUELA

Como la señora disponga.

Sale Manuela.

MARGARITA

No sé qué ocurrencia le ha dado á Ana María de marcharse hoy al pueblo.

PEDRO

Como es domingo, ha ido á la escuela dominical, como siempre.

MARGARITA

Hoy no es como siempre. Estará bien que llegue Agustín y no la encuentre en casa. Asómate á la puerta á ver si vuelve.

PEDRO

Sí, señora.

Se dirige á la puerta de la izquierda.

MARGARITA

Espera, voy contigo.

Pedro se acerca á dar el brazo á la señora, que se levanta del sillón.

Saldremos por el jardín, y con eso doy yo una vuelta por el pabellón, á ver si está todo como Dios manda, porque de Manuela no me fio: ya está chocha, y no sabe lo que se pesca. Vamos allá.

Apoyándose en el brazo de Pedro.

Ten, cuidado que hay un escalón, y á ver si tropezas, porque tú también tienes ya tus años, y bien que se te notan.

PEDRO

Sí, señora, sí.

Salen.

Pasado un momento, entran por la puerta de la izquierda ANA MARÍA y FRANCISCO. Ana María tiene veintitrés años y es muy bonita. Viene sencilla, pero elegantemente vestida con un traje como para estar en el campo, de batista, de

piqué ó de seda cruda, y trae puesto un sombrero de paja de forma pamela adornado con un ramo de rosas frescas. Al entrar en la habitación se quita el sombrero. Francisco, que viene detrás de ella, es un muchacho también muy elegante, de veinticinco años, un poco pálido, muy bien peinado, pero con el pelo un poco—muy poco—largo, muy cuidado en toda su persona, vestido también de claro y también con sombrero de paja, que trae en una mano: en la otra, un gran ramo de madreselvas. Durante toda la escena, Ana María habla con alegría y burla y él con un poco de romanticismo y exaltación, pero sin que ninguno de los dos exageren. Ante todo y sobre todo, sencillez y buen gusto.

ANA MARÍA

Entrando la primera y quitándose el sombrero.

Bueno, hombre, bueno, cállese usted.

FRANCISCO

No quiero callarme.

ANA MARÍA

Muy bonito. ¿Qué gusto saca usted en amargarme el día?

FRANCISCO

¿No me amarga usted á mí la vida entera?

ANA MARÍA

Riéndose.

¡Bah!

FRANCISCO

Sí, señora, sí, toda la vida, aunque usted no lo crea ó finja no creerlo, porque así son ustedes las mujeres: cuando les remuerde á ustedes la conciencia por haber vuelto loco á un hombre, hacen ustedes como que no se enteran, y con eso suprimen ustedes el remordimiento.

ANA MARÍA

¿Yo he vuelto loco á alguien?

FRANCISCO

¡Sí, señora, sí, usted!

ANA MARÍA

Todo sea por Dios. ¡Cuánto lo siento!

FRANCISCO

Es prodigiosa la naturalidad con que las mujeres inteligentes...

ANA MARÍA

Gracias...

FRANCISCO

Que no se ha detenido por la interrupción de ella.

... aceptan ustedes el hecho de que un hombre sea desdichado por su culpa.

ANA MARÍA

Por su causa.

Recalcando.

FRANCISCO

¿Qué más da?

ANA MARTA

¡Ay, señor poeta, es muy distinto! Ya sabe usted que el único valor moral de los actos humanos está en la responsabilidad: si una mujer supone



Fot. Kaulak.



que un hombre es desdichado sólo por su causa, no tiene por qué echarse nada en cara. Ahora, si es por su culpa, como usted dice, ya el remordimiento está en su lugar.

FRANCISCO

Mucho le importa á usted librarse del peso de esa responsabilidad.

ANA MARÍA

Riéndose.

A mí, no. Hablo en general y por puro amor á la justicia.

FRANCISCO

Es que... podríamos particularizar un poco.

ANA MARÍA

¿Usted está en ese caso?

Dice esto poniéndose muy seria.

FRANCISCO

Con emoción.

Suponga usted que sí.

ANA MARÍA

Con frialdad.

Por supuesto, y hablemos de otra cosa.

Pausa ligera.

FRANCISCO

Como quien pide perdón.

Pero no se ponga usted seria.

ANA MARÍA

Sonriendo como quien perdona.

Traiga usted esas madreSelvas, que las voy á poner en agua.

FRANCISCO

No, señora.

Ella le mira con un poco de asombro.

Estas madreSelvas me las llevo yo á mi casita.

ANA MARÍA

¿Por qué?

FRANCISCO

Porque es como llevármela á usted en cuerpo y alma.

ANA MARÍA

¿Eh?

FRANCISCO

Sí, señora: ha de saber usted que estas flores son su imagen de usted, su símbolo, su esencia; sí, señora. Cada mujer es indudablemente como una flor. ¿No hay rubias que parecen azucenas y morenas que huelen á clavo más que los claveles? Y ¡quién no sueña oliendo violetas que un amor de mujer se está acercando!

ANA MARÍA

No está mal eso.

FRANCISCO

Pues todavía está muchísimo mejor en unos versos que tendré el honor de leerle á usted cualquier tarde de éstas, es decir, si usted, ahora que va usted á estar tan bien acompañada, se digna usted oírlos.

ANA MARÍA

Con muchísimo gusto; ya lo creo. Pero entre-
tanto deme usted las madreselvas. ¡Sí que son bo-
nitas! ¡Más tengo yo cogidas de chiquilla á la ori-
lla del río, entre las peñas!...

FRANCISCO

Con un poco de mala idea.

¿Con su primo de usted?

ANA MARÍA

Con seriedad y sencillez.

Con él y sola. No puede usted figurarse lo que
son estas flores para mí.

Hunde la cara entre las flores.

Huelen á toda la alegría de mi vida, á mi niñez, á
mi primera juventud... á mi...

FRANCISCO

A su amor de usted.

ANA MARÍA

A mi amor, es verdad, ¿por qué voy á negarlo?

Pausa. Francisco pasea de un lado para otro, mientras ella arregla las flores en un cacharro.

FRANCISCO

Ana María, ¿por qué quiere usted tanto á ese don Agustín de Aldana, que tiene la inoportunidad de llegar esta tarde?

ANA MARÍA

Riéndose.

Toma, porque es mi novio.

FRANCISCO

Novio, novio. No diga usted mi novio: esa es una palabra aborrecible. ¡Mi novio!

ANA MARÍA

¿Quiere usted que diga mi prometido esposo?

FRANCISCO

¡Ana María, ya que no me quiera usted á mí, no se case usted con nadie!

ANA MARÍA

¡Ja, ja, ja!

FRANCISCO

Y menos que con nadie con su primo de usted.
No la merece á usted. Es un hombre vulgar.

ANA MARÍA

¡Mire usted que me voy á enfadar de veras!

FRANCISCO

Además, como son ustedes primos, va usted á tener media docena de hijos tontos.

ANA MARÍA

Con eso se volverán locas por ellos media docena de mujeres inteligentes.

Pausa.

FRANCISCO

De todas maneras, si el señor don Agustín de Aldana tarda tres meses más en volver...

ANA MARÍA

¡Habrased visto presunción semejante! ¡Pero usted quiere que acabemos mal!

FRANCISCO

¡Parece mentira que diga usted eso después de saber de memoria tantos versos míos!

ANA MARÍA

¡Que me vendrán que ni pintados para decirle á mi marido que le quiero, con muchísima más elocuencia!

FRANCISCO

¿Será usted capaz?

ANA MARÍA

De eso les sirven los versos, señor poeta, á las mujeres enamoradas. ¡Sí, señor: sus poemas de usted los leeremos juntos Agustín y yo!

FRANCISCO

Es verdad. ¿Y tendrán ustedes hasta la avilantez de darse un beso después de uno de mis romances sentimentales?

ANA MARÍA

¡Es muy posible! Y á callar, que viene mi abuela, y si le oye á usted hablar mal de su nieto, le tira á usted algo.

FRANCISCO

Mirando las madreselvas.

¡Siquiera una!

ANA MARÍA

Tome usted, hombre, tome usted.

FRANCISCO

Prendiéndose la madreselva en la solapa del lado del corazón.

¡Ay, qué cosa tan absurda es la vida!

Entra DOÑA MARGARITA; viene sola y anda medio á tientas apoyada en su bastón, pero sin afectación de decipitud.

ANA MARÍA

Precipitándose al encuentro de la anciana.

¿Pero, abuela, tú sola andando por ahí?

MARGARITA

¡Yo sola, sí, naturalmente: no me hace falta nadie, que no soy tan vieja!

ANA MARIA

Pero, Pedro y Manuela, ¿dónde están?

MARGARITA

No te enfades. Manuela está acabando de prepararlo todo, y Pedro ha ido á buscarte.

ANA MARÍA

¡Ja, ja, ja!

MARGARITA

¿De qué te ríes?

ANA MARÍA

¿Temíais que me perdiese?

MARGARITA

Tenía miedo de que no llegases á tiempo. Agustín llega á las ocho.

ANA MARÍA

Y estoy aquí á las siete para esperarle.

MARGARITA

Sí, sí, á las siete. ¡Buena calma tienes!

ANA MARÍA

No me riñas, abuela, que no estoy sola.

MARGARITA

¿Quién está ahí?

FRANCISCO

Yo, mi señora doña Margarita, para servir á usted.

MARGARITA

¡Ah, vamos! ¿Han venido ustedes juntos? Por eso ha tardado tanto Ana María. Se habrán ustedes ido entreteniendo, como de costumbre, en discutir si son negras ó azules las sombras de los chopos, y en contar las vueltas que da una hoja de rosa en el aire antes de caer del rosal al suelo.

FRANCISCO

¡Ay, no, señora! Se acabaron aquellos buenos tiempos. Su nieta de usted se ha despedido de toda exquisitez poética. Ahora es una señorita burguesa que está esperando al novio con la más vulgar de las impaciencias.

ANA MARÍA

A mucha honra, sí, señor.

PEDRO

Entrando.

El coche está enganchado. ¿Manda algo la señora?

MARGARITA

Pero, ¿aún estás ahí? Vete en seguida.

ANA MARÍA

Sí, sí, anda á buscar al hijo pródigo.

MARGARITA

No sé por qué le llamas el hijo pródigo. Bien

bueno es. Siempre acordándose de nosotras: ya ve usted, en cuatro años...

ANA MARÍA

Cinco, abuela.

MARGARITA

Más en mi favor, cinco: ni un solo sábado ha dejado el cartero de traernos su carta. ¡Ay, don Francisquito!, el invierno que viene, si todavía está usted entre estas breñas, tendrá usted que leerme á mí sus versos, porque este par de niños andarán por el mundo.

ANA MARÍA

Bueno, bueno... Anda, Pedro, que vas á llegar tarde.

FRANCISCO

Si me deja usted en casa, al pasar por el pueblo, lléveme usted en el coche...

MARGARITA

¿No espera usted á que llegue Agustín?

FRANCISCO

No, señora. No le conozco y no debo imponer mi presencia... Las emociones son sagradas, y ya tendré mañana el gusto de saludarle... ¡Enhorabuena! Buenas tardes...

MARGARITA

Muy buenas.

Salen Pedro y Francisco.

Me alegro que se vaya.

ANA MARÍA

¡Pobre muchacho!

MARGARITA

Está un poco chiflado.

Sonriendo.

Y te hace el amor.

ANA MARÍA

¡Bah! Por pasar el rato. ¿En qué iba á entretenerse en este poblacho?

Pausa ligera. Ana Maria está visiblemente preocupada y acercándose al ventanal, de espaldas al público, apoya la frente en los cristales.

MARGARITA

Ana María...

ANA MARÍA

Estremeciéndose un poco al oír
la voz de su abuela.

¡Abuela!

Se acerca á ella.

MARGARITA

¿Estás contenta?

ANA MARÍA

Muchísimo, abuela.

MARGARITA

¡Con qué tranquilidad lo dices!

Ana María sonríe.

¡Si yo fuera tú, y tuviera tus veintitrés años!...
Ven aquí: díme algo; que eres muy feliz, que es-
tás muy impaciente, que le quieres mucho. ¿Qué
gusto sacas en guardarte todo lo que te pasa por
dentro para ti sola?

ANA MARÍA

No es gusto, abuela, es genio.

MARGARITA

¿Mal genio?

ANA MARÍA

Tal vez. Yo bien quisiera venir á contarte mi alegría, y reirme contigo, y hacer proyectos como á ti te gusta, pero no puedo. ¡Cuando tengo una felicidad muy grande ó una pena muy honda, parece que me echan un nudo al corazón y se me quedan dentro!

MARGARITA

¡Ay! chiquilla, me acuerdo del día en que Agustín me dijo: «¡Me quiere, abuela, me quiere, ¡nos queremos!» Estaba como loco: me abrazaba, lloraba, se reía. ¡Me quiere, abuela; me quiere, abuela! Lo menos me lo dijo cien veces: luego entraste tú...

ANA MARIA

Y no dije nada, ¿verdad? Pero también estaba muy contenta y también te abracé como ahora.

Abraza casi llorando á doña
Margarita.

MARGARITA

¿Estás llorando?

ANA MARÍA

Secándose las lágrimas.

No lloro. Estoy pensando ¡qué cambiado le vamos á encontrar!

MARGARITA

¿Te acuerdas cuando se marchó? Fué en el mes de mayo: era casi de noche: fuimos á despedirle á la estación. ¡Cuando arrancó el tren, sacó la cabeza por la portezuela! ¡Me parece que le estoy viendo!

Suspira.

Hijo mío. ¿Sabe que me he quedado casi ciega?

ANA MARIA

Sí, abuela...

MARGARITA

¡Como en las cartas no dice nunca nada!

ANA MARIA

Los hombres en las cartas no dicen nunca nada.

MARGARITA

Tú me dirás cómo es. ¿Dices que viene retratado en ese periódico? Dámele. Ya le veo: es aquí.

Besa un grabado del periódico
que Ana María le da.

ANA MARIA

¡Ja, ja, ja!

MARGARITA

Muy ofendida.

¿De qué te ríes?

ANA MARIA

De que en lugar de besarle á él has besado á la estatua.

MARGARITA

¿A qué estatua?

ANA MARIA

A la que él ha hecho: han retratado juntos al autor y á la obra: él está aquí, á este lado.

MARGARITA

Está guapo, ¿verdad?

ANA MARIA

Sí, abuela.

MARGARITA

Con esos ojos suyos tan alegres y ese bigotillo revuelto que parece de espuma.

ANA MARIA

Mirando con atención el periódico.

Ahora tiene los ojos más serios y el bigote mucho más grande.

MARGARITA

¡Ay, niña, qué feliz vas á ser! A ver... dame el periódico. ¿Qué es esto?

ANA MARIA

La estatua, abuela.

MARGARITA

¿Se parece á ti?

ANA MARIA

No: es una mujer alta... debe de ser morena; tiene la frente estrecha, los ojos dominantes...

MARGARITA

¿De qué va vestida?

ANA MARIA

De bailarina griega.

MARGARITA

¿De bailarina? ¿Con falda corta?

Muy escandalizada.

ANA MARIA

Sin falda de ninguna clase: lleva unas gasas...
en la mano.

MARGARITA

¡Pero eso es un horror!

ANA MARIA

Es una estatua, abuela.

Se ríe.

MARGARITA

No me gusta que el niño se dedique á esas
cosas.

ANA MARIA

Ya, ya: la señora abuela quisiera que su nieto
se pasara la vida esculpiendo Virgencitas del Car-
men para su oratorio.

MARGARITA

No para mi oratorio, para las catedrales tan
hermosas que hay por esos mundos, sí, señor, vír-

genes y santos, y mujeres vestidas como Dios manda.

ANA MARIA

Se lo diremos en cuanto llegue.

Se ríe.

MARGARITA

No se lo diremos, porque se reiría de mí, como te ríes tú, por supuesto.

ANA MARIA

Riéndose.

¿Yo?

MARGARITA

¡Tú! Estoy segura de que te gusta esa mujerota.
¡No se mira más, ea!

ANA MARIA

Mirando al periódico con insistencia.

¡Ay, Señor!

MARGARITA

¿Qué suspiras?

ANA MARIA

Nada, abuela.

Se levanta sin dejar el periódico y se acerca á mirarse á un espejo de cornucopia pequeño y dorado que hay colgado de la pared. Mira alternativamente su imagen en el espejo y la de la estatua en el periódico.

MARGARITA

¿Qué haces?

ANA MARIA

Mirarme al espejo.

MARGARITA

Estás muy guapa, ¿eh?

ANA MARIA

¡Regular nada más!

MARGARITA

¿Qué traje te has puesto?

ANA MARIA

El azul. Voy á ponerme una flor en el pelo.

Coge de un florero una rosa encarnada y se la pone en el pelo.

MARGARITA

¡Cuánto daría por verte bien, niña!

ANA MARIA

¿Es que se te ha olvidado cómo soy? ¿Quieres que te lo cuente?

Las dos se ríen.

Tengo los ojos verdes.

MARGARITA

Como siempre.

ANA MARIA

Más verdes que nunca,

MARGARITA

¡Pobre Agustín!

ANA MARIA

¡Ya, ya!

MARGARITA

¿Qué más?

ANA MARIA

El pelo un poco echado á la frente, como ahora se lleva. Estoy un poco pálida.

MARGARITA

Asustada.

¡Niña!

ANA MARIA

No te asustes, que tengo los labios muy encarnados, y eso es prueba de buena salud.

MARGARITA

¿Qué más?

ANA MARIA

Nada más: aquí se acaban los encantos de tu señora nieta.

Dejando con un poco de des-
aliento el periódico.

Por lo menos, el espejo no dice otra cosa.

MARGARITA

¡Grandísima hipócrita!

La abraza.

Mira, se me ocurre una cosa... Puesto que el niño ya tiene esa gloria que se fué á buscar, ¿á qué vamos á estar esperando, no te parece? Tú nunca dices nada, pero bien harta estarás de noviazgo: os casáis, en llegando las dispensas; pasamos el verano juntos aquí, en el campo, y en octubre os marcháis á dar un paseo muy largo, para que tú también conozcas mundo.

ANA MARIA

¡Justo, y tú...!

MARGARITA

Yo me quedo aquí, que con Manuela y Pedro no me hace falta nadie.

ANA MARIA

Muchas gracias...

MARGARITA

No soy yo una vieja egoísta. Padre y madre he tenido como todo el mundo, y me casé, y me fui con mi marido cuando me dió la realísima gana. Tú tienes derecho á tu amor de veinte años... ¡No faltaría más! No tengas miedo: yo he vivido ya ochenta y tres; ¿por qué no he de vivir otros veinte? En cuanto los viejos pasan de los setenta, la muerte no se acuerda de ellos, porque le da fastidio gastar el tiempo donde no hay nada que malograr, y se va á matar niños como quien corta flores. Además, que no vais á pasar la vida lejos: un viajecito... el tiempo justo de traerme un biznieto. Hija, no me quisiera morir sin verlo...

Suenan el cascabeleo del coche.

ANA MARIA

Ahogándose de emoción, pero
disimulando.

¡El coche!

MARGARITA

¿El coche?

ANA MARIA

Ahora deben estar llegando á la puerta... ¡Si entran por el jardín! ¡Qué ocurrencia! Ya está en la alameda... ya ha llegado al parterre...

MARGARITA

Pero baja á buscarle. ¿No sales?

ANA MARIA

Con temor y emoción.

No, no...

Retrocede hasta un rincón de la habitación, á tiempo que por el ventanal del fondo entra AGUSTÍN. Entran con él MANUELA y PEDRO. Agustín es un hombre de veintiocho años, muy buen mozo y muy simpático. Al entrar, como va obscureciendo, y la habitación está casi en penumbra, él, al mirar, no ve mas que á la abuela, puesto que Ana María ha retrocedido á un ángulo en que está más oscuro, y dirigiéndose á ella la abraza con emoción y apasionamiento de hombre impulsivo y siempre un poco niño.

AGUSTIN

Corriendo á abrazar á doña Margarita.

¡Abuela!

MARGARITA

¡Hijo mío!

Abrazo largo y silencioso.

¡Hijo mío!

Acariciándole la cabeza, la cara, los hombros, como si le quisiera ver con las manos.

¡Qué alto! ¡Qué fuerte!

Agustín se arrodilla delante de su abuela, que se ha vuelto á sentar en el sillón y le besa las manos.

¿Qué haces, hijo... Agustín? Ana María, ¿dónde estás?

Ana María, que afecta gran serenidad, pero que tiembla un poco, se acerca sin hablar y pone una mano sobre el hombro de su abuela.

AGUSTIN

Levantando los ojos hacia Ana María, con un poco de susto.

¡Ana María!... ¡Perdóname!

ANA MARIA

Con naturalidad y sonriendo.

¿Yo? ¿Por qué?

AGUSTIN

Con asombro y confusión.

Porque yo... verás...

ANA MARIA

Echándose á reir.

Estás perdonado. Tanto abuela como yo comprendemos perfectamente que un señor artista que anda triunfando por esos mundos de Dios (sonríe.) ó del diablo, se haya olvidado un poco de nosotras.

AGUSTIN

Insistiendo.

Es que...

ANA MARIA

Interrumpiéndole, para que la abuela no repare en las disculpas de él.

Si no nos hacen falta explicaciones. Estás aquí, y nos basta. ¿Que hemos tenido á días un poco de pena? Ahora tenemos mucha alegría, ¿verdad? (Abraza á su abuela.) ¡y váyase lo uno por lo otro!

AGUSTIN

Obstinándose en insistir, torpeza de hombre que no comprende que haya un estado de ánimo distinto del suyo.

Pero...

Ana María, mirándole muy seria y poniéndose un dedo en los labios, le manda callar. El se calla de pronto, sin comprender gran cosa.

MARGARITA

Un poco asombrada.

¿Qué estais hablando ahí de penas y de olvidos? Ana María, (Un poco enfadada con ella.) ¿por qué le riñes?

ANA MARIA

Riendo.

Si no le riño: es él quien se empeña en disculparse de pecados que no ha cometido: dice que nos tenía olvidadas y nos pide perdón. ¡Figúrate .. olvidadas! Poco orgullosa que está la abuela por lo muchísimo que su nieto se ha acordado de ella, ¿verdad?

MARGARITA

Con embeleso.

¡Hijo, tus cartas han sido toda nuestra alegría!

AGUSTIN

Casi espantado.

¿Mis cartas?

ANA MARIA

Mirándole imperiosamente desde detrás del sillón de la abuela y haciéndole una seña de que calle.

¡Tus cartas, sí! Tus cartas, (Recalcando) que llegaban aquí todos los sábados y á veces hasta dos veces por semana. ¡Y poco que nos hemos divertido leyéndolas! Abuela se ponía chocha sólo de pensar en ellas. ¡Como que algunos días he bajado á buscar al cartero á mitad de camino, porque nos parecía que tardaba en llegar! ¡Una en que nos contabas la Navidad en Berlín nos la aprendimos casi de memoria, y abuela lleva cosida en los escapularios la ramita de mirto que enviaste dentro! ¡Cuántas cosas bonitas y tan interesantes habrá por esos mundos! Cuéntanos, cuéntanos.

Agustín, que mientras ella habla ha estado mirando al suelo lleno de confusión, no responde.

MARGARITA

¡Qué va á contar ahora! Estará cansado del viaje.

ANA MARIA

Es verdad. Siéntate.

AGUSTIN

Sentándose dócilmente y mirándola como hipnotizado.

No estoy cansado, no...

Como si hiciese un gran descubrimiento.

¡Pero tengo un hambre!

MARGARITA

Con alegría.

El campo te habrá abierto el apetito.

ANA MARIA

Yo también. La misma que cuando volvíamos de correr por el monte hace diez años. Afortunadamente, ha llegado la hora de cenar. Pedro, enciende la luz.

Pedro enciende la luz, y Manuela, que había salido un momento antes, vuelve con una gran bandeja de plata en la que viene el servicio de mesa.

¿No lo dije? Ya está aquí Manuela. Hijo, ésta es una casa encantada; cosa que se desea, cosa que aparece. Ya verás, ya verás.

Toma la bandeja de manos de Manuela.





Fot. Calvache.

Trae, y sirve en seguida.

Poniendo rápida y primorosamente dos cubiertos en una mesita junto á la chimenea.

Cenaremos aquí, junto á la lumbre, en amor y compañía los dos, porque abuela se marcha á la cama con un vaso de leche.

Manuela vuelve á entrar con diferentes manjares y vinos. Ana María, mientras habla, come y sirve á Agustín. Pedro ayuda. Manuela entra y sale.

Si vieras, desde que te has ido, nos hemos hecho más perezosas... Nunca queremos ir al comedor, porque casi da miedo aquella mesa grande para las dos solas. Aquí comemos, al sol en invierno, al fresco en verano; aquí cenamos, es decir, ceno yo, al amor de la lumbre; aquí trabajamos y aquí vivimos; ¡ya ves qué pedacito tan pequeño nos basta en el mundo tan grande! Casi nos pareces un bicho raro tú, que has vivido en tantas tierras. ¡París... Berlín... Italia... Grecia! ¿Es verdad, verdad que existen todas esas cosas, ó es que las han soñado los que escriben libros? ¡Qué más da! ¡Todo es cerrar los ojos (Cierra los ojos, porque, aunque está hablando con perfecta afectación de alegría, acaso teme que se le vayan á escapar las lágrimas.) y ver el mundo dentro!

Agustín come, la mira y calla.

MARGARITA

¡Qué habladora estás hoy!

ANA MARIA

Alguien ha de hablar. Tú te has quedado muda del alegrón, y Agustín parece también que se ha dejado olvidada la lengua en la maleta. Me parece que voy á ser yo la que tenga que contar el viaje.

Haciendo un esfuerzo por hablar
y saliendo del paso con un recurso
originalísimo.

AGUSTIN

¿No dices nada, Pedro?

PEDRO

¿Qué va uno á decir? Ya sabemos que el señorito es hombre célebre y que ha salido la mar de veces en los periódicos. La señorita nos ha enseñado últimamente el retrato y la estatua.

AGUSTIN

Un poco turbado.

La estatua... sí...

ANA MARIA

¡Buen sermón te tiene preparado abuela por la frescura de la estatuita! Prepárate.

MARGARITA

No le hagas caso.

Muy apurada.

AGUSTIN

No me riñas, abuela, que mientras esté en casa, en desagravio de mis culpas, haré una Santa Margarita con una túnica muy larga.

MARGARITA

No me gustan bromas con las cosas santas.

ANA MARIA

¿Un poco más de pollo?

Agustín acepta y devora.

¡Ay, abuela, si le vieras comer, te asustabas! ¡Nos le han tenido muertecito de hambre! ¡Hijo, qué mal cuidan las musas á sus predilectos! ¿Es que en el templo de la fama no dan mas que laurel por alimento? Aquí te engordaremos, descuida.

AGUSTIN

¡Es que tenéis una cocinera estupenda y un maître d'hôtel incomparable!

ANA MARIA

¿Es que te figurabas que en la sierra se vive á lo paleta? Somos muy finas las señoras serranas, aunque otra cosa crean los señores artistas viajeros. Por lo demás, la cocinera es la de siempre.

AGUSTIN

Incrédulo.

¡Juanona!

ANA MARIA

Juanona, hijo, que ha aprendido á leer, y de paso á guisar como guisan en Francia, y el maître d'hôtel es Manuela.

Entra MANUELA con un cestillo de fresas lindamente arreglado sobre hojas verdes.

MANUELA

Fresas tempranas: son casi de estufa.

PEDRO

¡Tantas tempranas y tardías habrá comido el señorito por esas capitales!

MANUELA

Pero éstas son de casa y le tienen que saber á gloria.

AGUSTIN

Sirviéndose, y cada vez con más originalidad.

¡Fresas!

ANA MARIA

Saben á tierra, ¿eh?

AGUSTIN

Un poco exaltado.

Saben á recuerdo... á todos los recuerdos...

ANA MARIA

Cambiando bruscamente el tema de la conversación.

Te hemos arreglado una habitación preciosa; ya verás. Abuela quería que estuvieses aquí con nosotras; pero yo he pensado que te gustará más trabajar libremente, y te hemos convertido en casa el pabellón que hizo mi padre para sus colecciones al otro lado del jardín.

MARGARITA

Que hace un rato se deja invadir por el sueño y da grandes cabezadas, se despabila un poco al oír esto y dice enérgicamente.

¡Tonterías!

Después de lo cual vuelve á cabecear.

ANA MARIA

Tienes estudio, saloncito de descanso, alcoba, tocador, terraza, puerta á la carretera y al jardín; todas las vejeces que coleccionó mi pobre padre y unas cuantas flores de la abuela. Así estás en tu casa, vienes aquí á comer y cuando quieras, y nosotras nos damos también de cuando en cuando el placer de ir á hacerte una visita.

MARGARITA

Despertándose.

¿A qué tantos arreglos? ¿No os vais á casar inmediatamente?

Agustín mira al suelo y Ana María al techo.

Pues ¿á qué tanta historia de pabellón, de estudio, de puerta independiente? Los niños de ahora (Durmiéndose.) son incomprensibles... verdad es que Ana María sabe... sabe... y cuando ella lo hace...

bien hecho estará... pero en mis tiempos... en mis tiempos...

ANA MARIA

¿Traes algún criado?

AGUSTIN

Sí, uno, Juan... pero no vendrá hasta dentro de dos ó tres días... le he dado permiso...

ANA MARIA

Bien; mientras llega, te cederé á Manuela.

AGUSTIN

Si ella consiente...

MANUELA

Cayéndosele la baba.

No faltaba otra cosa, señorito.

ANA MARIA

Abuela se ha dormido. Todas las noches le sucede lo mismo mientras yo ceno; ¡pobrecilla! Voy

á acostarla mientras tú tomas el café. Vamos, Manuela. ¿Estás muy cansado? Si quieres, Pedro puede enseñarte tu habitación.

AGUSTIN

No, no, te espero aquí...

Se inclina á besar á la abuela.

Quería... tengo que hablar contigo.

ANA MARIA

Pues ahora mismo vengo.

Sale con Manuela llevando á doña Margarita; Agustín las mira salir y pasea un instante y luego habla dirigiéndose á Pedro, pero en realidad para sí mismo.

AGUSTIN

Tiene razón Ana María. Esto parece una casa encantada. Yo tenía un recuerdo... no sé, de ruido, de bullicio... y ahora aquí todo es orden, paz... Puede que fuera mi propia inquietud de chiquillo la que ponía yo al pensar en la casa, pero de todos modos no sé qué hay en ella...

PEDRO

Hay tres viejos y un ángel, con perdón sea dicho... no sabe el señorito lo que se lleva.

AGUSTIN

Interrumpiendo.

Tú vives ahora aquí, por lo visto.

PEDRO

Sí, señor; ya sabe el señorito lo aficionada que es doña Margarita á la música; como la pobre, con perdón sea dicho, se ha ido quedando ciega como quien dice, y como yo también me quedé viudo, y las tres hijas se me casaron y están en los Madriles, pues la señorita me dijo que me viniera aquí y así hago compañía á la señora con la música, siempre que se ofrece, pero sigo siendo organista en la parroquia, para servir al señorito, y voy todos los días al pueblo.

AGUSTIN

Un poco nervioso.

¡Qué silencio!

PEDRO

Bien se conoce que viene el señorito de esas

capitales donde por las noches anda el diablo suelto: en el campo, en poniéndose el sol... además, que aquí, en callándose doña Margarita, se calla todo: con sus ochenta y cuatro años, es la animación de la casa: mire el señorito que hay veces que se pone á morir del corazón, con perdón sea dicho, pues en resucitando, como ella dice, ¡viva la vida! Como que muchas veces riñe á la señorita por lo callada que es... y no es que la señorita sea triste tampoco, es que es así... serena... como el agua de mayo, y sabe, ¡lo que sabe!, como que se pasa la vida leyendo.

Entran ANA MARÍA y MANUELA.
Manuela recoge algunos trastos
de la mesa.

ANA MARIA

¿Te he hecho esperar? ¡Ah, estabas con Pedro!

PEDRO

Sí, señorita; pero si la señorita no manda otra cosa, me retiro. Descansar, señorito.

AGUSTIN

Buenas noches.

ANA MARIA

Hace un gesto de asentimiento
y Pedro se retira. Ella se acerca á
la mesita en que aún está servido
el café.

¿Todavía no has tomado el café? Le tomaremos
juntos. Puedes retirarte, Manuela.

Se sienta. Manuela va á cerrar
las ventanas antes de salir.

No, no, deja las ventanas abiertas.

Manuela se retira. Pausa. Muy
lejos se oyen nueve campanadas
en un reloj de torre.

¡Las nueve!

AGUSTIN

¿Nada más?

ANA MARIA

Nada más: en el campo las veladas engañan.

Ana María coge del jarrón que
hay en el centro de la mesa una
rosa.

AGUSTIN

Mirando la rosa que ha cogido
ella y cogiendo otra.

¿Son de casa?

ANA MARIA

De casa.

AGUSTIN

¿Tan tempranas aquí en la sierra, con el frío que hace?

ANA MARIA

En la estufa las hay todo el año.

Pausa, durante la cual se oye muy lejos el rasgueo de una guitarra y el son de una copla que canta una voz de hombre. Copla castellana, no andaluza.

ANA MARIA

Gentes que están alegres.

AGUSTIN

¡Quién sabe!

ANA MARIA

Con naturalidad.

¡Sí, quién sabe!

Ana María forma con los pétalos de la rosa que ha deshojado dibujos sobre el mantel. Agustín los sigue con la vista, como si las figuras fuesen alguna fórmula mágica en la cual se encerrase su destino.

ANA MARIA

¿Dónde recibiste mi carta?

AGUSTIN

En Roma, hace ocho días.

ANA MARIA

La envié á París hace tres semanas, á la seña de siempre, porque no sabía dónde estabas: luego lei en los periódicos que habías pasado por Berlín.

AGUSTIN

En seguida me puse en camino.

ANA MARIA

¿Te asustaste mucho?

AGUSTIN

¡Como me decías que abuela estaba tan mal!

ANA MARIA

Es que tuvo un ataque terrible.

AGUSTIN

¿Un ataque?

ANA MARIA

Sí, le dan á menudo: un colapso creo que los llaman: el corazón, que está viejo y cansado y ya no quiere andar. Dice don Juan, el médico, que no es que se muere, sino que no puede vivir: yo no soy cobarde, pero esta vez me entró un miedo tan grande de encontrarme sola... luego se mejoró, y ya no hacía falta que hubieras venido; pero por no quitarle esa alegría... No vayas tú á explicarle nada, porque ella cree que vienes por tu voluntad: le he dicho que querías celebrar con nosotras la alegría de tu triunfo.

AGUSTIN

¡La alegría de mi triunfo! ¡Ay!

ANA MARIA

¿Por qué suspiras?

AGUSTIN

Porque con triunfos y sin triunfos la vida es siempre triste.

ANA MARIA

¿Tú dices eso?

AGUSTIN

¡Yo más que nadie!

ANA MARIA

Vea usted. Nosotras que creíamos que eras tan feliz.

Se ríe.

AGUSTIN

Con mal genio.

¿Por qué te ríes?

ANA MARIA

Porque me hace gracia pensar que todo el mundo tiene penas.

AGUSTIN

¿Gracia?

ANA MARIA

¡Quién me lo iba á decir! Yo creí que á las penas no les gustaban mas que las soledades, estos rincones de mundo donde los corazones están desamparados, donde todos los días son iguales y toda ambición se ha dormido; hoy y mañana, el sol en verano y la nieve en invierno, la luna y la escarcha, una flor que se abrió y otra que se deshoja: todo silencioso, y dentro del silencio la pena creciendo... y callando. Pero, por esos mundos, en el ruido, en la fiesta, en el aturdimiento del trabajo, con la gloria á los pies y eso que llaman laureles en la frente, ¿penas también? ¡Hay para consolarse... y para reirse!

Se ríe.

AGUSTIN

Con violencia.

¡Pero no te rías!

ANA MARIA

Con ironía

¡Ah!.. ¡Perdón!

Amontonando y rompiendo los
pétalos de rosa.

AGUSTIN

Arrepintiéndose de su violencia
y con tristeza casi pueril.

Perdóname tú á mí.

ANA MARIA

¿Yo á ti? ¿Por qué?

AGUSTIN

Porque soy un villano, porque he sido un hipó-
crita, porque teniendo tu cariño, toda la gloria de
tu cariño... ¡Anita, no me mires así! ¿Quieres que
te diga toda la verdad?

ANA MARIA

¿Que me has olvidado? Ya lo sé.

AGUSTIN

No, no es eso... olvidarte, no...

ANA MARIA

¿Que me has dejado de querer? ¡Cosas de la vida!
Un poco tristes, como tú dices, pero, ¿qué le va
mos á hacer?

El la mira á la cara espantado
de su serenidad.

Si no es mas que eso, no te atormentes.

AGUSTIN

¡Ana María!

ANA MARIA

¿Es más, y no te atreves á decírmelo? ¿Tan negro es, tan amargo, tan incomprensible? Te lo diré yo: yo, que todo lo sé, porque te...

Va á decir «porque te quiero»,
pero se arrepiente.

porque te conozco mejor que á mí misma. Tú, en este momento, tienes una pena... por otra mujer.

AGUSTIN

Defendiéndose mal.

No...

ANA MARIA

¡Sí! Por otra mujer... de las malas.

AGUSTIN

Anita... Ana María, ¿quién te ha dicho eso?
¿Quién te ha contado? ¡Respóndeme!

ANA MARIA

Mirándole muy seria.

¿No es verdad?

AGUSTIN

Bajando la cabeza.

Sí... es verdad... una verdad... muy triste.

ANA MARIA

¿Tanto la quieres?

Agustín no responde.

Es la estatua, ¿no?

AGUSTIN

Como un doctrino.

La estatua.

ANA MARIA

¿Y ella no te quiere?

AGUSTIN

¡No me quiere, no!

ANA MARIA

Con burla.

¡Vea usted qué mal gusto!

AGUSTIN

¡Anita!

ANA MARIA

¿Es española?

AGUSTIN

A medias.

ANA MARIA

¿Eh?

AGUSTIN

Su padre sí, y su madre... es decir... creo; pero ha nacido en Francia y no ha estado nunca en España.

ANA MARIA

¿Cómo se llama?

AGUSTIN

Resistiéndose á seguir.

¡Anita!

ANA MARIA

Con burla.

¿Como yo?

AGUSTIN

No, no es eso...

ANA MARIA

Ah, ¿es que te da reparo decírmelo? El nombre es lo de menos, hijo mío.

AGUSTIN

En voz baja.

Se llama Carmelina.

ANA MARIA

Carmelina. ¿Y es (Con desdén.) modelo?

AGUSTIN

No... aunque ha posado para mí, no es modelo...
es artista.

ANA MARIA

Haciendo ademán de tomarle el
pelo.

¿En cabello?

AGUSTIN

Bailarina... muy célebre, no creas...

ANA MARIA

¡Ya, ya!

Cogiendo el periódico donde
está la estatua.

¡Vaya con la ilustre danzante! ¿Debe bailar muy
bien, eh?

AGUSTIN

No sé si bien ó mal. Baila lo mismo que Salomé, removiendo en el alma todo el poso de las malas pasiones, toda la turbación, todo el deseo...

ANA MARIA

Interrumpiéndole.

¡No te entusiasmes, hijo, que soy soltera!

AGUSTIN

¡Perdón!

Se calla de pronto.

ANA MARIA

Sigue, hombre, sigue. La adoraste, la conquistaste, y decidisteis pasar la vida juntos para endulzar con la pasión los ásperos caminos del arte...

AGUSTIN

¿Cómo lo sabes?

ANA MARIA

El mundo es tan pequeño.. ¿Y hace mucho tiempo que floreció el idilio?

AGUSTIN

Dos años.

ANA MARIA

Claro: los mismos que hace que tú no escribías...
En eso has hecho mal... no por mí, por la abue-
la... ¿Y ahora?

AGUSTIN

¿Ahora?

ANA MARIA

Con un poco de impaciencia.

¡Sí, ahora! ¿Dónde has dejado á tu Salomé?

AGUSTIN

Hace medio año fuimos á Oriente... ella se abu-
rrió... siempre se aburre... por todo... de todo...
tiene en el alma el tedio... ó la tragedia... no sé...
pasa los días enteros callada, taciturna... otras ve-
ces furiosa... quiso venir á Roma por cambiar...
tomamos una villa... yo creí que estaba más con-
tenta, pero una tarde en que la dejé sola, ella...

ANA MARIA

¿Qué?

AGUSTIN

Dejó una carta infame por toda despedida... y no ha vuelto.

ANA MARIA

Con asombro.

¡Se marchó!

El afirma con la cabeza.

¿Hace ya mucho tiempo?

AGUSTIN

Dos meses.

ANA MARIA

¿Y no sabes de ella?

AGUSTIN

Sé que ha estado en Viena, y que ahora está en París...

ANA MARIA

Con un asomo de mala idea, pero con afectación de inocencia.

¿Sola?

AGUSTIN

No sé... creo que no.

ANA MARIA

¡Todo sea por Dios! Y tú... claro... á pesar de todo, la sigues queriendo.

Agustín no responde; ella, sin hablar, se acerca al ventanal del fondo y mira fijamente al jardín.

AGUSTIN

Ana María, he sido un necio, un cobarde, un villano...

ANA MARIA

Mirándole un poco ausente.

¿Eh?

AGUSTIN

No he debido contarte... perdóname que te haya dicho...

ANA MARIA

Has hecho bien. ¿A qué guardar fantasmas y engaños pueriles? El cariño que siempre nos hemos

tenido y el amor que creímos tenernos merecían esta sinceridad. ¡Gracias!

AGUSTIN

¿Gracias tú á mí?

ANA MARIA

Sí, porque has sabido ser leal conmigo.

AGUSTIN

Es que tú eres una mujer extraordinaria. Yo hubiera querido no contarte nada. Pero es imposible. Siempre que esté contigo, tendré que decirte la verdad, contra mí mismo, contra ti. Por el camino venía pensando: Llegaré, callaré por ella y por la abuela: estaré unos días, y desde lejos le escribiré diciéndole que la vida se ha puesto entre nosotros, pidiéndole perdón, despidiéndome para siempre.

ANA MARIA

¿Así habías pensado abandonarnos?

AGUSTIN

¿Tengo derecho á estar en esta casa?

ANA MARIA

Derecho y deber. Abuela ha puesto en tu cariño más de la mitad de su alma: te quiere más que á mí. Mientras ella viva, aquí está tu puesto. Cuando ella falte, la casa es tan tuya como mía. ¡Aquí está nuestro hogar, más hogar que el de nadie, porque los dos vinimos huérfanos á él! ¿Quieres hacerme la ofensa de pensar que mi presencia puede alejarte de la casa donde hemos pasado juntos la niñez?

AGUSTIN

¿Es que tú serás capaz de no guardarme rencor?

ANA MARIA

¿Rencor?

Con mucha dignidad.

¿De qué y por qué? Porque tú y yo soñamos de chiquillos lo que otros quisieron hacernos soñar, y ahora nos encontramos con que la realidad va por otros caminos. ¿Somos responsables de habernos dejado de querer? ¡Hemos cambiado tanto los dos, y hace ya tanto tiempo! ¿Rencores dices? ¡No! ¡Siempre buenos amigos, de verdad!

Le da la mano.

AGUSTIN

Un poco desconcertado.

¿Es decir, que tú tampoco me quieres?

ANA MARIA

Sonriendo.

¿Qué te importa?

AGUSTIN

¡Me importa más que nada en el mundo!

ANA MARIA

¡No te quiero, no! Es decir... no te quiero... de amor. De niña... claro... como desde que abrimos los ojos á la vida nos enseñaron á jugar á ser novios... y no digo que si hubiéramos seguido juntos... pero luego la soledad, el tiempo y tu silencio, lo mismo que á ti, me han ido desenamorando poco á poco. El amor se marchó como un pájaro lindo que se nos huye de la jaula... claro que al principio lloré con cierta pena la fuga del alado huésped, y hasta me hubiese alegrado de verle volver... después... creo que había llegado á sentir, más que el cariño, la falta de cariño. Se conoce que se me había quedado un hueco en el cora-

zón, y la inquietud de vacío la tomaba yo, ¡tonta de mí!, por inquietud de ternura... ahora ya está todo en su sitio, y podemos querernos como buenos hermanos. Tú te alegras, ¿verdad?

AGUSTIN

Sin demasiado convencimiento.

Sí... me alegro... porque no creas, traía una angustia tan grande... Los dos infelices — venía pensando —, yo por mi culpa, y ella...

ANA MARIA

¿Infelices? Ni tú ni yo. A los dos el amor nos ha jugado una mala pasada: dicen que así sucede casi siempre; pero hay en el mundo tantas cosas que no son el amor.

AGUSTIN

¡Tantas cosas!

En son de protesta.

ANA MARIA

¡Tantas! Tú no sabes lo que es la soledad; ya lo irás aprendiendo aquí, en la paz de la casa: en el silencio se oyen tantas voces que no había oído uno nunca...

Mirando el reloj.

¡Qué horror de hora! Hay que irse á dormir, hijo. Aquí está la llave de tu palacio. ¿Sabrás el camino?

AGUSTIN

Dirigiéndose á la puerta de la derecha.

Sí, sí lo sé.

ANA MARIA

No; por aquí, por la terraza, no vaya á despertarse abuela si haces ruido. ¡Pobre abuela!

AGUSTIN

Ya le diré mañana...

ANA MARIA

¡No, no le digas nada!

AGUSTIN

¿Cómo?

ANA MARIA

Ella, la pobre, piensa que la vida no tiene mas que un camino, y le había compuesto para nos-

otros con todo su amor: se ha acostumbrado á querernos juntos.

AGUSTIN

¿Qué hacemos entonces?

ANA MARIA

Conservarle la ilusión. Ya ves, la muerte la está esperando. Dice el médico que no pasa del año. ¿A qué se va á llevar ese disgusto? Como apenas ve, ¡es tan fácil hacerle creer lo que uno quiere!... Ya ves, en los dos años que tú no has escrito, yo le he escrito las cartas todos los sábados, y ella tan contenta...

AGUSTIN

Pero, ¿cómo has podido?

ANA MARIA

Hijo, tiene una su poco de imaginación y ha leído una lo suyo; ¡tú qué crees! ¡Poco bien escritas que estaban! Como que abuela, que tampoco es tonta, decía algunas veces: ¡Qué observación tan fina tiene este muchacho! ¡Parece una mujer!



Fot. Kaulak.



AGUSTIN

¡Eres una santa!

ANA MARIA

No lo sabes tú bien. Quedamos en eso. Unas cuantas palabras alegres estos días. Luego, yo pensaré; le diremos, si se pone bien definitivamente, que tienes que marcharte. El deseo de vernos felices le hará creer todo lo que queramos. ¿No te parece?

AGUSTIN

Se hará lo que tú quieras.

ANA MARIA

Representaremos unas cuantas semanas una comedia... un poquitillo triste, pero así es el mundo.

AGUSTIN

¡Así es el mundo!

ANA MARIA

Buenas noches, entonces. Quedamos en eso

AGUSTIN

Buenas noches.

Pero no se mueve, como si aún
tuviera algo que decir.

ANA MARIA

¡Ah! Y que no vayas á decir mañana alguna
cosa desagradable. Somos felices, nos vamos á
casar dentro de un par de meses, y nos queremos
mucho. Adiós.

AGUSTIN

Adiós.

Pero los dos siguen sin moverse.

¡Eres una mujer admirable! ¡No te rías!

ANA MARIA

No me río. Pienso... ¡no pienso nada! Buenas
noches.

Medio mutis.

AGUSTIN

¿No me das la mano?

ANA MARIA

Volviendo á él y dándole la mano.

¿Por qué? Hasta mañana.

AGUSTIN

Hasta mañana.

ANA MARIA

Sal por la terraza. Yo cerraré las puertas. ¡Mira qué hermosa noche de luna hace!

Sale Agustín por la terraza, y á la luz de la luna se le ve alejarse por el jardín y desaparecer. Ana María le está mirando, al parecer, serenamente. Cuando desaparece del todo se echa á llorar desconsoladamente. Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Pórtico, á modo de «logia», que comunica dos cuerpos de edificio, formando pabellón. Al fondo, columnata de arcos y el jardín; á derecha é izquierda, muros con puertas que conducen á las habitaciones. El zócalo de la logia es de azulejo de colores vivos, y las columnas, más bien pilares, que forman la arcada del fondo, están recubiertas de azulejo también. Si el escenario es lo bastante grande, en el centro habrá una fuentecita, en terracotta, reproducción de un modelo clásico, con plantas acuáticas en la taza y en el pilón; si el escenario es pequeño, la fuentecilla estará adosada al muro, y la formará un relieve en terracotta, reproducción clásica también, y una taza de mármol, también adosada á la pared y también adornada con plantas acuáticas, por entre las cuales se filtrará el agua. La parte alta de los muros estará blanqueada con cal, y el techo será de vigas. Los muebles, antiguos, españoles y alemanes. Sillones, mesitas. Por las paredes habrá colgados cuadros, tablas, platos, etc. Habrá en una de las paredes un gran reloj de caja. El fondo hacia el jardín es practicable; se supone que bajando un escalón. Las puertas á derecha é izquierda, también. Es por la tarde y hace sol.

Al levantarse el telón están en escena DOÑA MARGARITA, ANA MARÍA, PEDRO y MANUELA. Hay sobre un sillón chales, sombrillas, el bastón de doña Margarita; todo lo necesario para un paseo por el jardín. En una mesita ó en el reborde que hace en el fondo el zócalo de azulejos, un primoroso cestillo de labor de Ana María. Junto con la labor hay en el cestillo un libro de versos. Manuela va y viene sirviendo á doña Margarita una jícara de chocolate, bizcochos y un gran vaso de agua de naranja. También Pedro se dispone á tomar chocolate. Ana María en otra mesita vigila un hervidor en el cual se está calentando agua para hacer té: hay dos tazas preparadas y una bandeja con dulce, pan tostado, mantequilla, etc. Todo el servicio primoroso, limpio y de porcelana fina.

MARGARITA

¿Pero ese niño sale ó no sale?

ANA MARIA

Ahora saldrá, abuela: estará recogiendo los trastos.

MARGARITA

¡No le da poco fuerte! ¡Todo el día se pasa metido en el estudio!

ANA MARIA

Quéjate por tener un nieto trabajador. ¡Agustín, Agustín!

AGUSTIN

Dentro.

Ya voy.

Sale por la puerta de la derecha y atraviesa el pórtico, dirigiéndose al jardín, una muchachota ALDEANA, de muy buen cuerpo, pero no demasiado guapa, que saluda con cortedad y pasa de prisa como si le diera vergüenza.

ALDEANA

Buenas tardes.

Sale.

MARGARITA

¿Quién es?

ANA MARIA

La modelo, abuela.

MARGARITA

¿Qué modelo?

ANA MARIA

La que tiene Agustín para su Santa Margarita.

MARGARITA

Pero ¿no decís que te está copiando á ti?

ANA MARIA

Pero es que yo (Sonriendo.) no me dejo copiar mas que los pies, las manos, la cara y hasta aquí... (Señalando el descote graciosamente.) y lo demás... Sí, abuela, no hay remedio: para esculpir una santa vestida hace falta un modelo desnudo... Ya ves cómo la moralidad no va ganando nada con que las estatuas gasten túnica.

MARGARITA

Calla, calla, ¿y quién es... ésa?

PEDRO

Una chica del pueblo... una desdichada que ha estado sirviendo en Madrid. La Valentina...

MARGARITA

¡Ah, sí!.... La del herrero... ¡Valiente pécora!...
¡Cualquiera les reza á las santas que esculpe mi
nieto!

AGUSTIN

Saliendo.

Ea, ya estoy aquí.

Sale secándose las manos con
una toalla que entrega á Juan,
criado muy correcto que sale de-
trás de él y se retira con la toalla
sin decir palabra.

Buenas tardes.

Besa la mano de su abuela.

Perdón por el retraso.

ANA MARIA

Por ti lo siento, que el té se habrá pasado y to-
marás veneno.

Le sirve una taza de té.

AGUSTIN

Si tú me le das...

MARGARITA

Esa es otra, ¡té! Estos niños son unos infelices. Preferir ese cocimiento deslabazado á esta bendición de chocolate.

ANA MARIA

Sorbiendo el té.

¡Si vieras lo rico que está con nata! Manuela, dame el dulce para poner un poco sobre el pan con manteca.

MARGARITA

¡Qué horror! Mantequilla con dulce. ¿Dónde se estila eso?

ANA MARIA

Dice Agustín que en Alemania. ¡Y está muy bueno! ¿Quieres probarlo? ¿Y tú, Pedro?

Doña Margarita hace un gesto de horror. Pedro acepta el pan con manteca y dulce que le ofrece Ana María y lo come por cortesía con cierta precaución, pero, al probarlo, lo encuentra bueno.

PEDRO

Sí que sabe bien.

MARGARITA

¡Pedro, Pedro! No te vayas á contagiarse tú también con ese par de locos: nosotros dos debemos guardar la tradición. Trae aquí el agua de naranja.

ANA MARIA

¿Quién quiere frambuesas?

MANUELA

Son del huerto de Pedro.

AGUSTIN

Y tienen fama en todo el lugar.

PEDRO

Muy orgulloso.

¿Aún no se le ha olvidado al señorito?

AGUSTIN

No se me ha olvidado nada, Pedro; nada, absolutamente

Con intención, mirando á Ana María.

Soy el mismo de siempre... un poco más loco que nunca.

ANA MARIA

Levantándose por no oírle.

¡Qué algarabía traen armada los pájaros!

PEDRO

Con inocencia.

Por las mañanas es cuando hay que oírlos.

MANUELA

Eso el señorito no lo sabe, porque es bien dormilón.

Todos se ríen.

ANA MARIA

Es verdad. A las nueve he pasado yo por aquí, y aún estaban cerradas las ventanas. ¡En el mes de mayo! ¡Hereje! ¿A quién se le ocurre perder la mañana durmiendo? Es lo mejor del día. Hasta las diez, lo menos, no se acuerda uno de ninguna pena. ¡Si vieras qué paseos me doy yo por el monte en cuanto sale el sol!

AGUSTIN

Desde mañana los daremos juntos.

ANA MARIA

¡Ja, ja, ja!

Con burla.

No lo creo. Traes tú mucho sueño atrasado de esas capitales de Europa.

AGUSTIN

No es eso; es que anoche me acosté muy tarde.
A la una.

MARGARITA

Señor, ¿es posible que un cristiano se acueste después de las diez!

AGUSTIN

Es que hacía una noche tan hermosa... A eso de las once salió la luna: había un poquito de niebla que parecía plata. Cantaba...

ANA MARIA

Con burla.

¿Un ruiseñor?

AGUSTIN

Con rabia.

¡Un cuco!

ANA MARIA

Válgame Dios, y qué poético está el tiempo.

AGUSTIN

Con rabia.

¡No lo sabes tú bien!

PEDRO

Me permito observar á ustedes que se ha levantado un vientecillo fresco que no presagia nada bueno. Creo que esta tarde tendremos tormenta.

MARGARITA

Tienes razón: vámonos á casa; no quiero que me coja el chaparrón en el jardín.

AGUSTIN

Pero, abuela, aquí estás á cubierto.

MARGARITA

No me fío yo de la solidez de este pabellón, que ni siquiera tiene pararrayos. No, hijos, no; me gusta demasiado la vida para exponer en tonto la poca que me queda. Ea, comida hecha, compañía deshecha. Vámonos, Manuela, y tú, Pedro, que nos está esperando el piano. Estoy muy entadada contigo.

A Agustín.

AGUSTIN

¿Conmigo?

MARGARITA

Sí, señor: no se te ve el pelo: hoy has llegado tarde á almorzar y te has venido sin tomar el café. Si se quiere hablar contigo hay que molestarse en venir á buscarte.

AGUSTIN

¿Tengo yo la culpa de que en esta casa, asilo de todas las virtudes, le entre á uno un deseo rabioso de trabajar? Hacía años, abuela, que este pobre escultor no sentía la fiebre del trabajo, la alegría, la facilidad que ha encontrado entre estas paredes. ¡Si vieras qué agradecimiento les tengo á ellas y á vosotras!

MARGARITA

Bueno, bueno, cuidadito con lo que se hace. Ana María, mientras venga la modelo, tú aquí haciendo labor.

AGUSTIN

¡Pero, abuela, si está picada de viruelas!

ANA MARIA

Abuela, ¡ja, ja, ja!

MARGARITA

¡Sí, sí, riete; yo sé lo que me digo! A esta infeliz la puedes engañar, pero yo tengo ochenta y tres años y sé lo que es el mundo y lo que sois los hombres. Vamos, vamos.

Salen Doña Margarita, Pedro y
Manuela.

ANA MARIA

Que se ha quedado la última y
coge su cestillo de labor.

Hasta luego.

AGUSTIN

No... tú quédate.

En son de ruego.

ANA MARIA

Como si no comprendiera la intención de él.

¿Quieres que trabajemos?

AGUSTIN

No.

ANA MARIA

Volviendo á coger el cestillo.

Entonces...

AGUSTIN

Quédate. Tengo que decirte una cosa... muchas.

ANA MARIA

Bueno.

Deja el cestillo encima de la mesa.

AGUSTIN

Con efusión.

¡Gracias!

ANA MARIA

No hay de qué.

Pausa.

AGUSTIN

Que no sabe por dónde empezar.

¿Qué llevas ahí?

ANA MARIA

Mi labor.

AGUSTIN

Y un libro.

ANA MARIA

Sí, un libro.

AGUSTIN

Hojeando

De versos.

ANA MARIA

De versos.

AGUSTIN

¡Ah, vamos!... Son del famoso don Francisquito.

Tira el libro.

ANA MARIA

Recogiendo con cuidado el libro
que él ha tirado con rabia, y vol-
viéndole á colocar junto al cestillo.

Sí, de Francisco son.

AGUSTIN

¡Me apesta ese niño!

ANA MARIA

¿Por qué?

AGUSTIN

¡El y sus poesías!

ANA MARIA

Con calma.

¿Por qué?

AGUSTIN

¡Porque es un estúpido y te hace el amor!

ANA MARIA

¿A ti qué te importa?

AGUSTIN

Y te le hace sabiendo, es decir, creyendo que eres todavía mi novia.

ANA MARIA

Pero como no lo soy...

AGUSTIN

Muy nervioso.

Y puede que tenga la absurda pretensión de que tú llegues á corresponderle.

ANA MARIA

Puede que la tenga, y no sería absurda.

AGUSTIN

Desesperado.

¿Ah, no?

ANA MARIA

Sonriendo.

Los dos somos solteros, los dos libres...

AGUSTIN

Con ímpetu.

¡Pero él no te merece!

ANA MARIA

De sobra sabes tú que el amor no se da por merecimiento.

AGUSTIN

¿Es decir, que le quieres?

ANA MARIA

No creo que tengas la pretensión de que te vaya á consultar en la elección de novio.

AGUSTIN

No la tengo, no...

Serenándose con esfuerzo.

Perdóname... soy un imbécil.

ANA MARIA

Estás perdonado.

Pausa. Agustín pasea y Ana María le mira con sorna.

AGUSTIN

De repente.

¡Ana María!

ANA MARIA

¿Qué?

AGUSTIN

Nada.

Pausa. Agustín vuelve á pasear y enciende un cigarro.

ANA MARIA

Se echa á reir estrepitosamente.

¡Ja, ja, ja!

AGUSTIN

Parándose en seco y mirándola
con asombro.

¿Qué te pasa?

ANA MARIA

Nada.

AGUSTIN

Entonces, ¿por qué te ríes de ese modo?

ANA MARIA

Por reir.

AGUSTIN

¡Por reir! Las mujeres os reís por reir. ¡No lo entiendo!

ANA MARIA

También los hombres fumáis por fumar.

El tira el cigarro con rabia.

No, si á mí no me molesta el humo.

AGUSTIN

¡No tienes corazón!

ANA MARIA

Más grande que una casa, hijo, por mi desgracia.

Suspira.

¡Ay!

AGUSTIN

¿Por qué suspiras?

Ella le mira y no contesta. El, después de una pausa, se decide de nuevo á hablar.

¡Ana María!

ANA MARIA

¿Qué?

AGUSTIN

¿Es verdad, verdad que no quieres á nadie?

ANA MARIA

¿Quién te ha dicho eso? Quiero á mucha gente: á la abuela, á ti, á Pedro, á mis amigas, á Manuela, á unos cuantos chiquillos.

AGUSTIN

No es eso lo que te pregunto: quiero decir querer... querer de amor.

ANA MARIA

¿A quién quieres qué quiera?

AGUSTIN

¿Qué sé yo? ¡A muchos!

ANA MARIA

Riéndose.

Con uno solo sería bastante. Sepamos.

AGUSTIN

Señalando á una rama de madre-
selvas que ella lleva prendida en
el pecho.

Por ejemplo: al que te ha dado esas flores.

ANA MARIA

Haciéndose la inocente

Estas no me las ha dado nadie: las he cortado
yo á la puerta de casa. ¿Las quieres?

AGUSTIN

¿Me las ofrecerías lo mismo si te las hubiese
dado él?

ANA MARIA

Fingiendo mal humor.

¿Otra vez?

AGUSTIN

Con tozudez.

¿Me las darías?

ANA MARIA

¡No!

AGUSTIN

¿Por qué?

ANA MARIA

Porque no se debe ofender el cariño de nadie.

AGUSTIN

¿Tú sabes que te quiere?

ANA MARIA

¡Lo sé!

AGUSTIN

¿Porque te lo ha dicho?

ANA MARIA

Porque me lo ha dicho.

AGUSTIN

Con burla y de mala sangre.

¿En prosa ó en verso?

ANA MARIA

Muy seria y muy firme.

¡En verso y en prosa!

AGUSTIN

Arrepentido ante la firmeza de
ella y como un doctrino.

Yo no sé hacer versos, Anita.

ANA MARIA

Ni falta que te hace. ¡Ea, me voy!

AGUSTIN

Y yo contigo. ¿Quieres que demos una vuelta
por el jardín?

ANA MARIA

Por mí...

AGUSTIN

Con entusiasmo exagerado.

¿Sí?

ANA MARIA

Sí, hombre, sí, como todos los días...

Coge el cesto de la costura y se dirige hacia el jardín: él se dispone á acompañarla. En este momento sale JUAN por la puerta del estudio.

JUAN

Señorito, que ha llegado la carreta del mármol. Ahí está en la puerta del corral. Dicen los carreteros que si se descarga, ó sale el señorito á ver lo que se hace.

AGUSTIN

¿El mármol?... ¡Ah!, sí... para la santa. ¡A buena hora lo traen! ¡A ver si lo estropean!

ANA MARIA

Anda y ve lo que hay... es cuestión de un momento.

AGUSTIN

Pero ¿me esperas, eh?

ANA MARIA

Sí, hombre, sí, te espero. Ahora está la abuela entretenida con su música y no le hago falta. Me pondré á hacer labor.

AGUSTIN

Voy allá.

Sale Juan. Agustín quiere acercarse á Ana María, pero como ella no le mira, hace un gesto de resignación y sale de prisa. Ana María vuelve la cabeza despacio para ver si se ha ido; sonríe con malicia, y luego hace un gesto de alegría franca, casi de chiquilla, palmo-teando. Después pone una cara seria de persona muy grave. Después se tapa la cara con las manos, como si le diese vergüenza de su propia felicidad. Después suspira y se acerca despacio á la mesa donde está su cesto de costura.

ANA MARIA

¡Ay! Pues, señor, ¡qué cosa tan sencilla es un día feliz!

MANUELA entra precipitadamente del jardín.

MANUELA

¡Señorita, señorita!

ANA MARIA

Sin volver de su embeleso.

¿Qué hay?

MANUELA

Una señora que quiere ver al señorito.

ANA MARIA

Que casi da un salto.

¿Al señorito?

MANUELA

Sí, señora, al nuestro, al señorito Agustín. Dice que es muy amiga suya. Viene con un chiquillo del pueblo...

ANA MARIA

Con angustia.

¿No la conoces?

MANUELA

No, señora... es muy guapa y muy descarada.
¿No lo digo? Ahí viene, y eso que le dije bien claro que esperara.

ANA MARIA

¡Llévate la costura y déjame!

CARMELINA entra por el jardín y
se adelanta con decisión.

CARMELINA

Señora...

ANA MARIA

Ceremoniosamente:

¿Qué deseaba usted?

CARMELINA

Vengo á visitar al señor de Aldana. Me han dicho en la casa que aquí está su estudio y, con permiso de usted, voy...

ANA MARIA

¿A verle? Lo siento mucho, pero no es posible.

CARMELINA

¿Cómo?

ANA MARIA

El señor de Aldana está trabajando y no recibe á nadie.

CARMELINA

Bah, delante de mí ya está acostumbrado á trabajar.

Va á pasar.

ANA MARIA

Lo siento mucho, pero no puede ser.

CARMELINA

Parándose y mirándola cara á cara con cierto descaro.

¿Usted sabe quién soy?

ANA MARIA

Fingiendo indiferencia y con un
poco de desprecio.

Me lo figuro.

CARMELINA

Y á pesar de ello insiste usted en no dejarme
entrar.

Ana María sonríe vagamente.

Grandes derechos parece usted tener sobre la
persona del señor de Aldana.

ANA MARIA

Sin duda, cree usted tenerlos mayores.

CARMELINA

De buena fe.

¡Ja, ja, ja, ja!

ANA MARIA

Un poco desconcertada.

¿De qué se ríe usted?

CARMELINA

De la porterita que se trae el amigo. Ya me lo venía yo figurando!, porque pensar que Agustín (Al oír la familiaridad con que Carmelina pronuncia el nombre de Agustín, Ana María hace un gesto de pena.), se iba á pasar dos meses metido en un rincón sin dar señales de vida, no habiendo por medio una cara bonita, es pensar lo imposible.

ANA MARIA

Muy turbada.

No sé con qué derecho... se atreve usted á hacer suposiciones... verdaderamente infundadas.

CARMELINA

Ah, ¿son infundadas? Me alegro tanto. Entonces, ya que los sentimientos de usted no se oponen... usted permitirá....

Da un paso adelante.

ANA MARIA

No, señora. Aquí no se trata de sentimientos, sino de conveniencia. Estoy segura de que para la tranquilidad de Agustín conviene que usted no le vea, y no le verá usted.

CARMELINA

¿Debo acaso pensar que es orden suya?

ANA MARIA

Piense usted lo que guste.

CARMELINA

Francamente, no creí que le hubiese quedado tan mal recuerdo mío.

ANA MARIA

¡Cosas del mundo!

CARMELINA

¡Cosas del mundo!

Muy serena.

Como si le estuviera oyendo vociferar. Pero no le haga usted caso á un hombre cuando habla mal de una mujer. Cuando insulta, señal que no puede olvidar.

ANA MARIA

Recalcando el nombre.

Agustín no se toma el trabajo de insultarla á usted.

CARMELINA

Mire usted, ésa es ya una mala noticia, por lo cual me permito no creerla.

ANA MARIA

No la crea usted; ¡pero tenga usted la bondad de retirarse!

CARMELINA

¿Con esa suavidad lo pide usted?

ANA MARIA

Naturalmente. Entre personas de buen gusto no hay por qué alterarse. ¿Usted comprende una escena trágica en este jardín, con esta paz, con esta luz, con lo bien que huele y lo muy dulcemente que cantan los pájaros? En este mundo mío no hay posibilidad de tragedia. Todo es madrigal.

CARMELINA

¿Es esa la última palabra de usted?

ANA MARIA

La última, sí, señora.

CARMELINA

Pues ahora voy yo á decir la primera.

Cambiando de tono, con dureza y mala intención.

Usted, señora ó señorita, tiene usted muchísimo talento y habla usted como un libro. Sí, señora; comprendo que este lugar no es propio para escenas violentas y que está usted en su casa, digo, lo supongo, y que hace usted en ella... lo que se le antoja; pero comprenda usted también que una mujer como yo no corre Europa de punta á punta buscando al hombre á quien tiene perfecto derecho... ó perfecto capricho á llamar suyo, para contentarse, cuando llega á su puerta, con una escaramuza de palabras. Yo tengo la costumbre de no retroceder ante ninguna clase de violencias para salirme con mi gusto. Por lo demás, estoy de acuerdo con usted, y creo que la suavidad es cosa admirable y digna del mayor respeto. De modo y manera que usted, que es tan suave, déjeme usted pasar por las buenas, y no hablemos más.

ANA MARIA

¡He dicho que no!

CARMELINA

¿Tan segura está usted de la voluntad de Agustín?

ANA MARIA

¡Tan segura!

CARMELINA

Con una sonrisita de mala sangre.

¡No lo está usted tanto de su cariño!

ANA MARIA

Dolida y orgullosa.

¡Eso es cosa mía!

CARMELINA

Con naturalidad truhanesca.

Y mía también, puede usted creerlo... y puede usted también estar segura de que él no le agradecerá á usted mucho esta obstinación. Suponga-

mos que me marchó sin verle, como usted desea; puedo volver mañana, puedo escribir. No es él quien se alejó de mí. Cuando sepa que he vuelto, y lo sabrá, puede usted estar segura de que vendrá á buscarme.

Ana María, al oír esto, se desconcierta y se pone muy pálida.

ANA MARIA

Después de una pausa, con resolución súbita.

Sí... es posible que tenga usted razón... ¡Sepamos la verdad, y acabemos!

Llamando.

¡Juan, Juan!...

A Carmelina.

Espere usted... ¡Juan, Juan!...

JUAN

Apareciendo en la puerta de la derecha.

¿Llama la señorita?

ANA MARIA

Diga usted al señorito Agustín que aquí hay una señora que quiere hablar con él. Buenas tardes.

Sale por el fondo como una reina.
— Carmelina la mira alejarse con curiosidad y sorna. Luego se vuelve y se dirige á Juan, que, al reconocerla, la mira con asombro y con una chispa de alegría en los ojos, como quien dijera con malignidad: ¡Esta aquí! ¡Ahora nos vamos á divertir!

CARMELINA

Con calma y familiaridad.

Buenas tardes, Juanillo.

JUAN

Con asombro y simpatía.

¡Señorita... usted!

CARMELINA

Satisfecha.

Yo.

JUAN

¿No estaba usted en Viena?

CARMELINA

Ahora estoy en Madrid.

JUAN

¿Bailando?

CARMELINA

Bailando... es decir, á bailar veníamos, en *tour-née*, con un yanqui, pero tronó la empresa antes de empezar, porque en cuanto llegamos á Madrid, se enamoró el yanqui de una gitana y se han ido á París con los cuartos.

JUAN

¿De modo que usted?...

CARMELINA

¿Yo? ¡Figúrate! Suerte que dije: Ya que el Destino nos ha puesto tan cerca, vamos á hacerle á aquél una visita. ¡Eso va ganando! Oye, ¿y qué hacéis aquí?

JUAN

Con resignación.

¡Engordar!

CARMELINA

¡Ja, ja, ja! ¿También él?

JUAN

Con un asomo de desprecio.

Usted no sabe la tranquilidad que hay en esta casa y lo bien que se come.

CARMELINA

¿Y está muy satisfecho?

JUAN

Con un gesto de ponderación.

¡Uy!

CARMELINA

Tú no lo estarás tanto, porque lo que es en esta calma chicha no serán muchos los extraordinarios.

Hace ademán de contar dinero.

JUAN

Con filosofía y malicia.

Sabe usted, no se gana gran cosa, porque sí que es verdad que hay mucho orden, pero tampoco hay ocasión de gastar.

Se ríe.

¿Tiene la señorita todavía de doncella á... á Bettina?

CARMELINA

Dándole un achuchón con familiaridad.

¡Buen truhán estás hecho! Sí la tengo. ¡Hijo, se iba á casar con un chino que era ayuda de cámara del yanqui, pero ahora ya...! ¡Si quieres que le dé recuerdos...!

AGUSTIN

Dentro.

¡Juan!

JUAN

Poniéndose de pronto muy serio.

¡El señorito!

CARMELINA

Márchate.

AGUSTÍN aparece en la puerta de la derecha.

AGUSTIN

Juan, ¿dónde te has metido?

JUAN

Señorito... estaba aquí... con...

CARMELINA

Adelantándose.

Conmigo... no le riñas.

Juan desaparece rápida y discretamente, en el fondo, muy dividido.

AGUSTIN

Con espanto y rabia.

¡Carmelina! ¿Tú?

CARMELINA

Con calma.

¡Hijo, qué exclamación tan original! ¡Ja, ja!

AGUSTIN

Con ira.

¿Por qué has venido? ¿Quién te ha llamado? ¿Qué derecho tienes á entrar aquí?

Se acerca á ella tan furioso que parece que va á pegarla.

CARMELINA

Muy serena.

Muchas cosas preguntas á un tiempo. Con tu permiso, me sentaré para responder.

AGUSTIN

¡No hace falta, porque vas á marcharte ahora mismo!

CARMELINA

Mirándole con sorna y sentándose.

¿De veras? Estás hoy muy galante. No pongas mala cara, porque de todos modos me he de sentar. Estoy cansadísima. ¡Vaya unos trenes y unos caminitos que se usan en tu tierra!

AGUSTIN

Frenético.

¿Quieres acabar de una vez?..

CARMELINA

Con calma.

¿De explicar por qué he venido? ¡Por amor, hijo!
¡Creí que te había dejado de querer, y nada!

AGUSTIN

Con mala idea.

¿Sí, eh?

CARMELINA

¿Lo dudas? ¡Todos mis triunfos sin ti, ceniza! Hasta de bailar he perdido el gusto. En vista de lo cual, he decidido venir á buscarte.

AGUSTIN

Haciéndose el incrédulo y rablando.

Dí que se te acabó el dinero...

CARMELINA

¡Qué materialistas sois los hombres y qué gusto sacáis en amargaros las alegrías! Sólo á ti se te ocurre estropear con dudas monetarias la felicidad de este encuentro.

AGUSTIN

¡Je... felicidad!...

CARMELINA

¿Para ti no? Para mí, incomparable. Figúrate que vengo desde Viena. ¡Qué país tan poético es España! En San Sebastián me detuve dos días á ver una corrida de toros. Creo que conquisté á un matador. ¡Chico, qué emoción! A poco me desmayo. Ahora que ya nos hemos reconciliado (él hace un gesto de espanto.) nos iremos tú y yo á dar una vuelta por Andalucía. ¡A ver si nos secuestran los bandidos!

AGUSTIN

Volviéndose loco.

Pero ¿qué estás diciendo? ¿Qué hablas de viajes y de toreros? ¿Quién te ha dicho que estaba yo aquí?

CARMELINA

¡El corazón!

AGUSTIN

Casi pegándola.

¿Quién te lo ha dicho?

CARMELINA

Con guasa.

Tu fama, hijo: los grandes hombres no podéis

vivir ocultos: todos los periódicos del mundo han dicho que te habías retirado á dormir los laureles al seno de tu hogar...

AGUSTIN

¡Maldita prensa!

CARMELINA

¡Y no está mal el retiro, no!

AGUSTIN

¿Quieres callarte?

CARMELINA

¿Es que vas á hablar tú?

AGUSTIN

Si, para rogarte que te vayas inmediatamente.

CARMELINA

¡Qué hospitalarios sois en esta casa! ¡Lo mismo me ha rogado ella!



Fot. Calvache.



AGUSTIN

¡Ella!

Con desesperación.

¿Pero tú has visto á Ana María?

CARMELINA

¿Ana María se llama? ¡Qué nombre tan bonito! Sí, la he visto; pero no te asustes, que he estado la mar de correcta! ¡Pobre artista mío! Si no llego yo á tiempo, te cazan y te casan. ¡Casado tú! ¡Ja, ja, ja! Dame las gracias y siéntate aquí. ¡Tenemos que hablar de tantísimas cosas!

Agustín pasea sin responder.

¡Siéntate aquí!

Con un poco de impaciencia.

Ya sabes que siempre me pone nerviosa verte dar vueltas como un león en jaula. ¿Por qué no hablas? ¿Sabes lo que estás mereciendo? ¡Qué me marche y no vuelva en mi vida á acordarme de ti!

AGUSTIN

Es lo mejor que puedes hacer. Entre tú y yo no hay nada. Quisiste romper y rompimos, y yo le doy gracias á Dios á todas horas de que se te ocurriese semejante idea. Creo que pasa un tren á me-

dia tarde, te acompañaré á la estación: el mundo es grande y espero que podremos pasar la vida sin volver á encontrarnos. ¡He dicho!

CARMELINA

Como si no le hubiese oído, se levanta y empieza á pasear por la habitación.

¡Qué reloj tan curioso! ¡Tan viejecito! ¡Es de los que hacen música al dar la hora? ¡Cuántas flores! ¡Permites?

Corta una flor de una maceta y se la prende en el pecho.

AGUSTIN

Un poco domado por la serenidad de ella.

¡Carmelina!

CARMELINA

Sin volver la cabeza.

¡Bonito retrato! ¡Qué ojos tan suaves y qué boca tan seria! ¡Ah, si es la niña de antes!

Agustín le quita el retrato con violencia, y se le guarda en el bolsillo.

AGUSTIN

Sentándose en un sillón.

¡Es posible que un hombre esté obligado á sufrir esto de una...!

CARMELINA

Acercándose á él muy despacio por detrás y levantándole la frente con las dos manos.

¡De una mujer que le quiere á uno muchísimo más de lo que se merece!

Él da un bufido, pero ella le tiene' descontentado, y sigue sujetándole y enredando, los dedos entre los rizos rubios de él. Él poco á poco se va dejando dominar por el encanto sensual de ella.

¡Qué inocente eres; pero qué inocentísimo! ¿A quién más que á ti se te ocurre meterse en un rincón porque tiene pena? Claro que yo me alegro de que te diera pena encontrarte sin mí, porque eso me demuestra que, á pesar de estar loca, te hago un poquitillo de falta. ¿Sabes que por el mundo no habla la gente mas que de ti? Menudo ruido que ha dado la estatua. ¿Te acuerdas? Chico, en flor estaban todos los granados de nuestro jardín cuando pasé por Roma. ¡Mira que no estar nosotros allí! No digas nada; ya sé que yo tuve la

culpa. ¡Es que no sabía lo mucho que te quiero!
¿Que no te quiero?

Da la vuelta, y viene á sentarse
muy cerca de él en el brazo del
sillón.

Un día de éstos te lo voy á probar para que te
convenzas... es decir, bien te lo estoy probando
con haberte venido á buscar, despreciando por ti,
¡no te rías!, pompas y honores.

Abrazándole.

¡Sí, señor hombre célebre, hemos nacido el uno
para el otro!

El la aparta con suavidad y sin
gran convencimiento.

¿Y suspiras? ¿Es que te pesa que haya venido?
Pues, hijo, ponte hueco, no creas que ha faltado
en el camino quien me haya querido detener. ¡Ha-
bía en Montecarlo un argentino... y en Madrid un
madrileño!... Pero para madrileños, tú (Cogiéndole
la cara entre las manos.), tú, tú, que eres el más gra-
nuja que ha nacido de madre. ¡Verás tú lo felices
que vamos á ser juntos, porque tú vienes conmigo
sin hablar palabra. Hijo, está París esta primave-
ra más loco que nunca. ¿Te acuerdas á qué huelen
los castaños del boulevard en el mes de Junio?
Huelen á divertirse, á quererse, á soñar, á vivir.
Chiquillo, aquí estás preso, grandísimo tonto, y
no te das cuenta. Tú necesitas mundo y vida li-
bre y quien te haga soñar y agitarte y sufrir...

AGUSTIN

Con cierta complacidísima lástima de sí mismo.

¡Sufrir!

CARMELINA

Sí, señor, sufrir.

Abrazándole.

¡Ay, grandísimo pillo, cómo te quiero!

AGUSTIN

Hecho un memo.

¡Carmelina!

CARMELINA

¡Si vieras qué alegría cuando supe que nuestra estatua te había hecho ganar la medalla! ¿Dónde está?

AGUSTIN

Un poco confuso.

La vendí.

CARMELINA

Con fingida indiferencia.

¿Te dieron mucho?

AGUSTIN

Cinco mil duros... creo...

CARMELINA

Tres mil me debes. Y á propósito, ¿tienes siquiera un par de cientos por ahí? Un préstamo, hijo. Como estaba segura, ¡pobre de mí!, de que te iba á encontrar en Roma, no cogí más que cuatro cuartos para el camino, y ahora estoy casi pobre.

AGUSTIN

Vencido.

Sí, ven... toma... de paso saldremos por el jardín... no quiero que nos vean... te acompaño... te vas...

CARMELINA

Claro que me voy, grandísimo ingrato; pero te espero... en Madrid... ¿palabra? Mira que no me fío mucho de ti... mira que si no vienes mañana mismo, vuelvo á buscarte pasado mañana. ¿Sí? ¿No? ¡Mamarracho!... ¡Y todavía se hace el interesante!... Bueno, dame esas pesetas, no se me vaya á marchar el tren. Pero díme algo. ¡Ay, quiera usted á un hombre para esto!

Le coge del brazo estrechándole como si tomase posesión de él, y salen juntos por la puerta del estudio, á tiempo que entra Juan por el jardín.

JUAN los mira salir, y se frota las manos satisfechísimo. Se acerca un momento á escuchar á la puerta: entonces se oye dentro la risa de Carmelina. Juan, de contento que está, casi da saltos.

JUAN

Felicitísimo.

¡Esto va bueno, bueno!

Entra MANUELA, también por el jardín, y se queda mirando con cierto asombro las demostraciones de Juan.

MANUELA

¿Qué le pasa á usted, hombre, que está usted tan contento?

JUAN

¡Que nos vamos, Manuela, que nos vamos!

MANUELA

¿Quién? ¿Dónde?

JUAN

Al fin del mundo. El señorito y un servidor de usted. Ahora mismito arreglo las maletas. ¡Viva la vida! ¡Poquitas ganas que tenía este cura de tomar el tren!

En este momento ANA MARÍA viene por el jardín y se queda sin decir nada y sin que los otros se den cuenta de que está allí, en el fondo.

MANUELA

Pues no se le ha tratado á usted tan mal, digo, me parece.

JUAN

Es que usted no sabe lo que es mundo. Manuela. El hombre no ha nacido para vivir en un desierto. Usted no sabe lo que son más de siete semanas sin faldas. ¡Ya me estoy viendo en mi París de Francia! ¡Hurra!

Da un salto como si quisiera coger el techo con las manos.

ANA MARIA

Adelantándose,

¿Qué le sucede á usted?

JUAN

Quedándose hecho una estatua.

Señorita... ¿á mí?... Dispense la señorita... yo...

MANUELA

Que dice que se va el señorito mañana... ya ve usted...

ANA MARIA

Con grandísima calma.

¿Mañana? No: esta noche. ¿No lo sabías?

MANUELA

Pero...

ANA MARIA

No pongas esa cara de espanto, que no tiene nada de particular.

Á Juan.

Y usted, inmediatamente, vaya usted á preparar el equipaje. Cuando estén las maletas tráigalas usted aquí, que quiero ver si van bien arregladas. ¡Listo, que á las nueve pasa el último tren!

Juan sale con un gesto de asombro.

A Manuela.

¿Qué hacías tú aquí?

MANUELA

Cogiendo la bandeja del té, que se habrá quedado en una mesita.

He venido á recoger esto.

ANA MARIA

Pues llévatelo.

MANUELA

Sí, señora, señorita. Pues, señor, no lo entiendo.

Sale.

ANA MARIA

Hablando sola y sin saber lo que dice.

¡Está bien... está bien!...

Se acerca á la mesa, y cogiendo el libro de versos, abre al azar y lee sencillamente, pero con lágrimas en la voz.

El corazón se cansa de inquietarse
por lo que acaso nunca llegará,
y le duelen las alas sordamente
como duelen los ojos de velar...
¡Oh, camino con sol, donde la sombra
tan deseada nunca pasará!
El corazón se cansa de inquietarse
y hay que decirle: ¡No esperemos más!
Remordimiento cáusanme las horas
que gastamos en desenmarañar
los ásperos vellones de esta niebla
dudando entre un: ¿Será? y un: ¿No será?
Remordimiento y lástima. ¡Perdidas
horas, que bien pudimos emplear
en coger una risa ó una rosa,
en gustar nuestra miel y nuestro pan!
La vida se reía de nosotros
que hora tras hora hacíamos girar
nuestra devanadera lamentable.
¡Ay, corazón; quedémonos en paz!
¡Descansemos! El corazón suspira,
preguntando: ¿Y así hemos de matar
nuestra quimera? No—le respondemos—,
tú duerme y calla... ¡ella se morirá!

FRANCISCO

Asomando por entre las enreda-
deras del fondo y aplaudiendo.

¡Bravo, amiga, bravo!

ANA MARIA

Dejando caer el libro y volviéndose asustada.

¿Eh?

FRANCISCO

Entrando.

¿Se puede?

Ocultando la emoción con un tono de burla amable.

Ha leído usted esos versos tristes de un modo admirable. ¡Cualquiera diría que también usted sabe lo que son penas!

ANA MARIA

Queriendo sonreír.

¿Yo?

FRANCISCO

Perdón... Ya sabemos que es usted la mujer más feliz de la tierra.

ANA MARIA

Todo el mundo es feliz cuando quiere serlo.

FRANCISCO

Verdad: pero hasta los felices del todo tienen ustedes, por lo visto, sus horas de melancolía... ¡oh, injustificada! y vea usted lo que es el egoísmo: á los que estamos tristes de verdad, esas melancolías infundadas de ustedes los alegres, los enamorados, los correspondidos, nos dan un poco de consuelo... así pueden ustedes comprendernos algo, haciendo una ligera composición de lugar...

Los dos están tan emocionados,
cada uno por lo suyo, que, en realidad,
no saben lo que dicen

ANA MARIA

Gracias...

FRANCISCO

Con inquietud verdadera ante el
extravío de ella.

¿Qué le sucede á usted, criatura?

ANA MARIA

¿A mí? ¡Nada!

FRANCISCO

Con emoción y sinceridad.

¡Ana María, no esté usted triste, por el amor de Dios!... ¡Mire usted que todo soy capaz de sufrirlo menos eso! ¡Mire usted que no respondo de mí, si sospecho que alguien... (Mirando con rencor hacia la habitación de Agustín.) alguien le ha causado á usted una pena! ¡Ana María, el que á usted la entristezca, me lo paga á mí!

ANA MARIA

¡No sea usted chiquillo! No tengo penas. Es que estoy nerviosa, no sé por qué. Estas tardes de Junio son interminables. Y luego, esa tormenta que está horas y horas encima de nosotros, y que no acaba nunca de descargar. ¡Si empezase á tronar y cayese un buen chaparrón! ¡No sé qué hay en el aire!

FRANCISCO

Sí, indudablemente, algo debe de haber en el aire.

ANA MARIA

¿Venía usted á buscarme? ¿Ha estado usted ya en casa?

FRANCISCO

No... pasaba... creí que estarían ustedes ya de vuelta... la oí á usted decir versos, y me detuve...

ANA MARIA

Sí, estaba aquí yo sola... y por pasar el rato...

AGUSTIN

Dentro.

¡Juan, Juan!...

ANA MARIA

Con un poco de extravío.

¡Agustín...!

FRANCISCO

¿Está ahí en el estudio?

ANA MARIA

Habrá vuelto... porque había salido... ¿Quiere usted ver la Santa Margarita? Entre usted...

FRANCISCO

¡No me interesa! Gracias...

ANA MARIA

Con temor de que salga Agustín.

Pues... espere usted un poco... si quiere... yo voy aquí... al salón... á darme un poco de agua fresca en la frente... me duele la cabeza de un modo... pero vuelvo en seguida.

Sale completamente desconcertada.

FRANCISCO

Con angustia.

¿Qué le pasa á esta mujer? ¿Qué le pasa?

AGUSTIN

Saliendo del estudio.

¿Dónde estás metido, grandísimo idiota?

FRANCISCO

Volviéndose.

Buenas tardes.



Fot. Kaulak.



AGUSTIN

Con muy mal humor.

¡Ah! ¿Es usted?

FRANCISCO

Yo... Usted perdone que haya invadido los dominios de usted... Mi estancia en esta habitación es puramente accidental. Estaba aquí con Ana María.

AGUSTIN

¿Con Ana María?

FRANCISCO

Recalcando.

Sí, con Ana María... ¿Tiene usted algo que decir?

AGUSTIN

¡Ah, usted supone que debo decir algo!...

Los dos hablan con nerviosidad
violenta.

FRANCISCO

Usted sabrá si le importa ó no que yo esté con ella.

AGUSTIN

¿Tiene usted la pretensión ridícula de que deba importarme?...

FRANCISCO

Eso de ridícula...

AGUSTIN

Sí, señor, sí; ridícula, absurda, necia...

FRANCISCO

¿Por tratarse de mí?

AGUSTIN

Y por tratarse de ella...

FRANCISCO

Que merece mucho más que un hombre como yo, ¿verdad?

AGUSTIN

Cuando usted lo dice...

FRANCISCO

Que le merece á usted, por lo visto...

AGUSTIN

Eso es cuenta suya.

FRANCISCO

¡Ya! Y tan seguro se encuentra usted de sus merecimientos, que se permite usted hasta el lujo de darle disgustos.

AGUSTIN

Oiga usted...

FRANCISCO

Insultante.

Lo cual, tratándose de una mujer como ella y de un... escultor como usted, es una villanía, peor, una majadería insigne, que yo, yo, ¿lo oye usted?, no estoy dispuesto á tolerar.

AGUSTIN

Pero ¿qué tiene usted que ver con ella?

FRANCISCO

¡Nada absolutamente!

AGUSTIN

Entonces...

FRANCISCO

Exaltándose.

Nada absolutamente... No soy nada para ella, nada, porque ella no me quiere, pero ella lo es todo para mí, porque yo la quiero, sí, señor, la quiero, la quiero, la quiero; ¡si viera usted qué gusto me da decirlo á voces!, ¡la quiero más que usted, más que su madre si la tuviera, más que toda su casta, y la merezco, aunque usted no lo crea, mucho más que usted, y la respeto más que usted también, y sabría hacerla mucho más feliz, ¿lo oye usted?, mucho más, porque lo que es usted, y usted dispense, es usted un pobre hombre que no sabe lo que trae entre manos!

AGUSTIN

Ya furioso.

¡Pero que va á saber romperle á usted la crisma!

FRANCISCO

¿Sí? Hombre, no sabe usted las ganas que tenía...

AGUSTIN

Interrumpiéndole.

¿De que nos diésemos de trastazos?

FRANCISCO

¡Precisamente; sí, señor!

AGUSTIN

¡Pues á ello!

Van á pegarse con mutuo entusiasmo, y cuando están ya cogidos por las solapas, entra ANA MARÍA. Al verla ellos se separan con un poco de confusión y otro poco de rabia por no haber podido terminar la pelea.

ANA MARIA

¿Qué pasa?

FRANCISCO

Nada.

Arreglándose los desperfectos del traje.

AGUSTIN

Al mismo tiempo que Francisco,
y arreglándose también el traje.

Nada.

ANA MARIA

¿Qué ridiculez es ésta, Agustín?

Con severidad.

¿En tu casa, en la mía? ¡Es estúpido!

AGUSTIN.

Hija mía... yo...

FRANCISCO

Ana María, usted perdone. Tengo yo tanta culpa como el señor de Aldana.

ANA MARIA

A Francisco, con amabilidad que
contrasta con la severidad con que
ha hablado á Agustín.

Usted, como ya le he dicho antes, es usted un chiquillo. Tranquilícese usted. Las damas de estos tiempos no necesitamos paladines. Caso de que

tuviéramos alguna ofensa que vengar, sabríamos vengarla solitas. Somos muy valientes, y tenemos las uñas muy afiladas...

FRANCISCO

Perdóneme usted. No se trataba de vengarla á usted, sino de demostrar que el amor poético, melancólico y desesperanzado tiene su fuerza material correspondiente, y es capaz de llegar, cuando el caso lo pide, y aunque no lo pida, á algo más que inofensivos suspiros. ¡Después de haberle roto la cabeza efectiva é indudablemente á un afortunado rival, se debe suspirar muy á gusto, créame usted!

ANA MARIA

Con un mohín de coquetería graciosa.

¡No faltaría más! ¡Silencio!... Y á casita... es decir, á mi casa... dígame usted á mi abuela que voy en seguida, y espéreme usted allí; tengo que reñirle á usted á mis anchas...

FRANCISCO

Encantado.

Todo lo que usted quiera.

Besa la mano apasionadamente á Ana María, y sale mirando á Agustín con cierta insolencia.

Agustín se ha refugiado en un rincón y arranca furiosamente flores de una enredadera.

ANA MARIA

¿También con las flores vas á pagar el mal humor? ¡Hijo, qué mal te sientan las visitas!

Él no dice nada.

¿Te marchas mañana, ó esta misma noche?

Él no contesta.

Yo, por si acaso, he mandado á Juan que disponga en seguida el equipaje. Si no da tiempo á todo, te llevas las maletas, y yo te enviaré á Madrid los baúles.

AGUSTIN

¿Tanta prisa te corre que me vaya?

ANA MARIA

Sí, hijo, sí, la verdad: estoy cansada de este juego de niños.

AGUSTIN

Es verdad... yo no puedo seguir aquí: (Ella sonríe irónicamente.) ya has visto lo que hoy ha sucedido: mi vida está tristemente atada á personas indignas de ti... yo era aquí tan feliz, que me había olvidado de todo, y me había creído redimido de todo por la paz de esta casa, dueño de mi pasado, libre. ¡Figúrate cómo me llevo el alma! Pero la conciencia me dice que no puedo seguir á tu lado exponiéndote á encuentros como el de hoy. Por ti más que por mí, debo marcharme. Poco importa la tranquilidad mía, pero la tuya y tu dignidad están por encima de todo, y...

ANA MARIA

Con sorna.

Muy elocuente estás.

AGUSTIN

Con susto.

¿Qué dices?

ANA MARIA

Que estás muy elocuente; pero que toda la elocuencia del mundo te sirve de muy poco para disfrazar la verdad ¿Te vas? Estás en tu derecho. ¿Te

han venido á buscar y te agrada la compañía? Mejor para ti. Pero no me vengas con historias de dignidad y de tranquilidad. Mi dignidad, como comprendes perfectamente, está muy por encima de todas las visitas más ó menos dignas que á ti se te antoje recibir. Mi tranquilidad cree que también: te aseguro que el rato de conversación que he tenido con esa.. señora me ha divertido mucho y me ha instruído más. Siempre es bueno saber de la vida, de algunas vidas especialmente... de la tuya, por ejemplo.

AGUSTIN

¿No te había dicho yo todo lo que ella pudiera decirte?

ANA MARIA

Mucho más, pero todo consiste en el acento... Ya ves, contándome ella lo mismo que tú, me ha resultado la historia distinta, y siento de veras todo el aire de drama que habíamos puesto (Con desprecio.) en el sainete, por tu culpa, hay que confesarlo.

AGUSTIN

¿Por mi culpa?

ANA MARIA

Tú llegaste aquí poco menos que chorreando sangre. Creo que hasta lloré, ¡tonta de mí!, escuchando el relato de tus desventuras. La dama era un fiero basilisco, una mujer fatal. Naturalmente, esta tarde me he desilusionado un poco. ¡No es tan fiero el león como le pintan, ni hace falta tanto para rendir á un hombre! Tu bailarina es una señora bastante agradable, pero también bastante vulgar, que se ríe como una mortal cualquiera, y en la cual ni mirando con catalejo se descubren esos abismos que según tú decías...

AGUSTIN

Lamentablemente.

¿Dónde vas á parar?

ANA MARIA

A decirte que cuando la vi comprendí lo poco que me habías querido nunca.

AGUSTÍN

Sincero, y sin darse cuenta de lo que dice.

¿Que no te quiero?

ANA MARIA

Sin hacerle caso.

Por lo poco que se necesitó para que me olvidases.

Mirándole con lástima des-
deñosa.

¡Ja, ja, ja!

AGUSTIN

¿Te ríes de mí?

ANA MARIA

De la humanidad, si te ofende menos. No quiero figurarme la escenita con la buena señora. Tiene gracia que yo, creyendo á pie juntillas en tus lamentaciones, me empeñase en no dejarla entrar.

AGUSTIN

Lamentablemente.

¿Por qué la dejaste?

ANA MARIA

Porque comprendí de repente que no llegaban mis derechos de consoladora hasta poder privarte de las dulzuras de la reconciliación.

AGUSTIN

¡Ana María!

ANA MARIA

Secamente.

Por segunda vez y á sabiendas has elegido tu camino. Sin duda te conviene cuando así te atrae. Ojalá seas muy feliz en él. Hemos terminado. ¿Te vas? Ya he avisado á Manuela para que preparen el coche. No te apures por lo que hay que decir á la abuela: yo se lo explicaré. Adiós, y buena suerte.

Da media vuelta y se dirige al jardín.

AGUSTIN

Con desesperación cuando ella va á salir.

¡Ana María!

Ella vuelve la cabeza.

¡Ana María!

Como quien se tira á un pozo.

¡No me dejes marchar!

ANA MARIA

Deteniéndose.

¿Eh?

AGUSTIN

Acercándose á ella y cogiéndole
las manos.

¡No me dejes marchar!

ANA MARIA

¿Yo?

AGUSTIN

¡Sí, tú!

ANA MARIA

¿En qué quedamos?

AGUSTIN

Sí: te he ofendido, y mucho más de lo que tú puedas figurarte; sí, he prometido que me marcho mañana, lo he jurado... me esperan, es decir... ni siquiera sé si me esperan; pero detenme tú, deteniéndome, porque si tú no me detienes me voy á la tristeza, al fracaso, al envilecimiento de todas las horas del día; me voy con ella ¡porque no sé estar solo!, pero te juro que me da terror; tú no sabes la vida que me espera, la que siempre hemos llevado juntos...

Levantándose un mechón del
pelo de la frente,

Mira, ¿ves esta cicatriz? Pues es el símbolo de todo nuestro amor.

Con sarcasmo.

ANA MARIA

Con un poco de temblor nervioso.

¿Te has batido por ella?

AGUSTIN

Con desesperación cómica.

Nos hemos roto en la cabeza toda una vajilla de Sajonia y una cristalería de Venecia... ¡En dos años, Anita!

ANA MARIA

Muriéndose de risa.

¡Ja, ja, ja, ja! ¡Esta era la tragedia! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Esta es la sima negra, el abismo, la desolación! ¡Tirarse los platos á la cabeza! ¡Ja, ja, ja!

AGUSTIN

Ana María... no te burles de mí... es decir, búrlate, riéte... haz lo que quieras, pero dime que me quede á tu lado,

ANA MARIA

¿Yo á ti? ¿Con qué derecho?

AGUSTIN

¡Con todos los derechos!

ANA MARIA

¿Quién me los da?

AGUSTIN

El cariño que te tengo, Anita; sí, el cariño, el amor; porque, á pesar de todo, y aunque tú no quieras creer, te quiero, te quiero más que á nadie, ¡á nadie más que á ti!

ANA MARIA

¡Calla, calla!

AGUSTIN

¿Te ofendes?

ANA MARIA

¿Te asombras?

Con ira y tristeza.

¡Me quieres! ¡Y me lo dices hoy, esta tarde, después de lo que acaba de pasar! ¿No te basta la comedia ridícula y triste que por amor á esta pobre vieja estoy representando? ¿No te basta verme reir sin gana? Necesitas que lllore de veras otra vez por tu amor. ¡Por tu amor! La novia abandonada, escarnecida, conquistada otra vez en seis semanas, para poderse dar el gusto de volverla otra vez á traicionar. ¡Qué gloria!, ¿verdad? ¡Qué hazaña para celebrarla con cuatro amigotes de café y cuatro danzantes!

Le falta la voz.

AGUSTIN

¡Ana María!

ANA MRAIA

Sí, en cuanto dieras dos pasos por el mundo. Ya lo has visto hoy mismo, en media hora, por cuatro palabras, á mi lado, en mi casa, ¡y queriéndome! ¡Queriéndome!

AGUSTIN

Sí, (Apasionadamente.) con toda mi alma, como antes, como siempre, más que nunca, ¡y también de otro modo! ¿Te pediría que me defendieses si no fuera verdad? ¡Te quiero! Eres otra mujer siendo la misma; pero otra, más bonita, sí, mucho más

bonita y más buena que antes, y más ¡no sé! ¡más mía! Antes... yo te he querido mucho siempre, pero con alegría, ¿te acuerdas?, como un chiquillo loco que no sabe el valor de lo que tiene; pero ahora... ¡ahora te quiero con pena, con angustia, con esperanza, como si mi destino estuviese en tus manos, como si sólo tú supieras el secreto de mi suerte! Te quiero con ternura, con respeto, con ansia de tenerte, con celos, con deseo, con fiebre...

ANA MARÍA

Friamente.

¡Como á tu danzante...!

AGUSTIN

Con pasión.

Sí, como á ella, como á ti, como á todas las mujeres, porque tú lo eres todo para mí.

Ana María, un poco temblorosa, se aparta y va á apoyarse en una de las columnas mirando al jardín.

Ana María, ¿no me dices nada?

Ana María se esfuerza por serenarse, y lo logra.

Ana María... ¿qué piensas?

ANA MARIA

¿Tanto amor en tan pocas semanas?

AGUSTIN

Apasionadamente.

¡En toda la vida, no seas cruel! ¿Tú crees que es posible vivir á tu lado sin estar de rodillas delante de ti?

ANA MARIA

¡Qué obscuro se pone! ¡A ver si es verdad que tenemos tormenta! Mira, al otro del valle se ve llover.

Agustín da media vuelta con pena rabiosa.

¿Qué te pasa? ¿Te enfadas conmigo?

AGUSTIN

¡Ana María!

ANA MARIA

Después de una pausa.

Dices que me quieres, y yo soy tan tonta que... casi te aseguro... que quisiera creerlo; pero, des-

pués de todo lo pasado, ¿quién me responde de que sea verdad?

AGUSTIN

Precisamente todo lo pasado. Te aseguro... es ridículo... pero te juro que es la pura verdad. Mientras ha estado aquí, ¡no te rías!, he estado deseando, sin querer desearlo, que vinieras tú; sí, te he estado llamando con toda mi alma, rezándote, pidiéndote que no me abandonarás...

ANA MARIA

¡Calla, calla!

AGUSTIN

¿Por qué no has venido? ¡Por qué no has dicho: Este hombre es mío, mío!

ANA MARIA

¡No digas eso!

AGUSTIN

¡Por qué, si es verdad!

Pausa.

ANA MARIA

¡Ay de mí!

Mirándole con severidad cari-
ñosa.

Señor artista insigne, es usted un niño de la escuela, una calamidad, un mamarracho: pérfido como el agua, frágil como el cristal... (Se ríe.) de Venecia, traído y llevado á todos los vientos por los primeros ojos de mujer que se le ponen á usted delante, inconstante, embustero...

AGUSTIN

¡Eso no!

ANA MARIA

Sin hacer caso de la interrup-
ción.

Pero, consuélate, que á todo hay quien gane; aún existe en la tierra otro ser humano más frágil y más débil que tú: yo, que conociendote como te conozco, y sabiendo todo lo que sé, tengo la chifladura de quererte.

AGUSTIN

¿Ana María... tú...?

ANA MARIA

Sí, yo. ¿Te asombra? Más me asombra á mí; pero, hijo, ¿qué le vamos á hacer? ¡Resignarse!

AGUSTIN

¡Ana Maria... eres un ángel!

ANA MARIA

Ya lo sé. ¿No se te ocurre algo un poco más nuevo que decirme?

AGUSTIN

Pero ¿podrás quererme de verdad, de verdad, ahora que tan bien sabes lo poco que valgo?

ANA MARIA

Grave y dulcemente.

¡Hijo, las mujeres no podemos vencer esta compasión pícara, que hace que cuando el ídolo se nos cae del altar le recojamos en los brazos... como á un hijo!

Abre los brazos y Agustín se precipita en ellos. Se abrazan larga y emocionadamente.

AGUSTIN

Abrazándola.

¡Mi vida!

ANA MARIA

Entre sonrisa y llanto.

De eso abusáis vosotros.

Entra JUAN con una maleta en cada mano.

JUAN

Las maletas, señorita.

ANA MARIA

Sin separarse de Agustín, á quien coge de la mano.

Lléveselas usted, no corren prisa; aún tengo yo que preparar las mías.

Sonríe á Agustín. Juan vuelve á salir.—Telón muy rápido.

FIN DE LA COMEDIA

CABEZA DE ZANAHORIA

VERSIÓN ESPAÑOLA DE «POIL-DE-CAROTTE»
COMEDIA EN UN ACTO DE JULES RENARD

Estrenada en el TEATRO LARA el 6 de Mayo de 1913,
en el beneficio de Catalina Bárcena.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

FRANCISCO.	CATALINA BÁRCENA.
EL PADRE.	SALVADOR MORA.
LA MADRE.....	VIRGINIA ALVERÁ.
ANITA.....	MARÍA LUISA MONERÓ.

LA ACCIÓN, Á LA UNA DE LA TARDE, EN UNA ALDEA FRANCESA

ACTO ÚNICO

Patio de una casa de campo. Un tronco de árbol en el cual Francisco (Cabeza de zanahoria) tiene costumbre de sentarse. Una carretilla y un pico. Un gran montón de leña cortada, á la derecha, en primer término. Detrás de la leña, ocupando toda la parte de la derecha hasta el fondo, una serie de cobertizos, que son uno el gallinero, otro la conejera y otro la garita del perro. Hay también un pajar. Un árbol en el centro del patio, con banco circular, alrededor del tronco. A la izquierda, la casa vieja y triste. Parece una cárcel. Para entrar en el portal hay dos ó tres escalones con barandilla de hierro, en primer término. Colgado en la pared hay un pantalón de cazador, de pana, lleno de barro seco. En segundo término, ventana con reja y persianas, desde donde la madre suele vigilar á Francisco. Un pozo enclavado en la pared. En el fondo, á la izquierda, puerta de una hoja en la pared. Por esta puerta entra y sale el que viene á la casa ó se marcha de ella. No hay campanilla y todos entran sin llamar. En el fondo, á la derecha, reja para cuando tienen que entrar coches ó carros. Después, calle de aldea y el campo. Un paisaje claro de Septiembre: nogales, prados, bálagos de hierba, una granja.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO y EL PADRE

Francisco (Cabeza de zanahoria) está sin nada á la cabeza y muy mal vestido. Su madre aprovecha para vestirle todos los trapos que ha destrozado ya su hermano mayor. Blusa negra, larga, cinturón de cuero con hebilla dorada de colegial, pantalón de dril que le está demasiado corto, alpargatas. Cuello de camisa estrecho, blando y sin corbata. Cabellos mal peinados del color de la paja cuando ha pasado el invierno á la intemperie.

El padre con americana y pantalón de pana, camisa blanca almidonada y chaleco, pero también sin corbata, cadena de reloj de oro. Sombrerón de paja ordinario y zapatos de caza.

Al levantarse el telón, Francisco, en el fondo, da hierba á los conejos. Luego viene á primer término y con el pico arranca la hierba que hay entre las piedras del patio. Trabaja con tedio y cansancio y se detiene junto á la carretilla.

El padre abre la puerta de la casa, y aparece en el primer escalón, con un periódico en la mano. Al oír que se abre la puerta, Francisco se asusta. En realidad, siempre está asustado.

EL PADRE

¿A quién le toca hoy venir de caza?

FRANCISCO

A mí.

EL PADRE

¿Estás seguro?

FRANCISCO

Sí, papá; que la última vez llevaste á mi hermano, y ahora él ha salido con mamá que iba á casa del señor cura. Se ha llevado las cañas de pescar, y se pasará toda la tarde pescando en el molino.

EL PADRE

Y tú, ¿qué haces ahí?

FRANCISCO

Arrancar la hierba del patio.

EL PADRE

¿Arrancando hierba inmediatamente después de comer? A ver si te hace daño la comida.

FRANCISCO

Es que me lo ha mandado mamá, que dice que es muy bueno para la digestión.

Tira el pico.

¿Nos vamos?

EL PADRE

No tengas tanta prisa. Todavía pica mucho el sol. Voy á leer el periódico y á descansar un poco.

FRANCISCO

Con pena.

Como quieras.

Vuelve á coger el pico.

¿Vamos á ir de seguro?

EL PADRE

Si no llueve.

FRANCISCO

Mirando al cielo.

No es la lluvia lo que yo temo... ¿No te irás sin mí, eh?

EL PADRE

Estate aquí en el patio, y cuando salga yo, te vienes conmigo.

FRANCISCO

Sí, papá. Ya estoy listo. No tengo más que ponerme la gorra y los zapatos... Oye, ¿y si sales por el jardín?

EL PADRE

Pues cuando me oigas silbar al perro, sales.

FRANCISCO

Oye... silbame á mí también.

EL PADRE

Sí, hombre, sí: estate tranquilo.

FRANCISCO

Gracias, papá. ¿Me dejarás que lleve el morral?

EL PADRE

Con mil amores. A mí me basta con el fusil.

FRANCISCO

Yo llevaré un palo para dar en los setos y que salgan las liebres. Hasta ahora. Mientras sales, voy á escardar todo este rincón.

EL PADRE

Por lo visto te divierte el pico.

FRANCISCO

Qué más da. Al sol se cansa uno, pero á la sombra no se siente el cansancio .. Además, que me lo ha mandado mamá.

El padre se queda un momento viéndole arrancar hierba, y luego entra en la casa.

ESCENA II

FRANCISCO solo

Para que no se vaya sin mí, voy á encerrar al perro, ahora que está dormido.

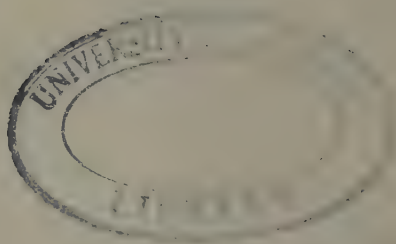
Cierra la puerta de uno de los cobertizos.

Así, aunque se le olvide llamarme, como sin el perro no puede ir de caza... y como el perro no puede salir sin mí.

Se oye ruido y alguien levanta la aldabilla de la puerta que da á la calle. Francisco cree que es su madre y vuelve á arrancar hierba.



Fot. Kaulak



ESCENA III

FRANCISCO y ANITA

Anita, que es una muchacha aldeana, abre la puerta y entra en el patio. Se queda mirando á Francisco que le vuelve la espalda, y trabaja con encarnizamiento. Atraviesa el patio, sube la escalerilla y llama con el llamador á la puerta de la casa. Francisco, asombrado de que pase su madre sin decirle nada desagradable, mira con el rabillo del ojo, y al ver quién es, se pone derecho y deja de trabajar.

FRANCISCO

¡Ah...; no es mamá! ¿Qué deseaba usted?

ANITA

Viste de aldeana, pero se ha puesto lo mejor que tiene para venir á presentarse á casa de sus nuevos amos. Cofia blanca, chaqueta negra, falda gris. Trae una cesta al brazo.

¿Está la señora?

FRANCISCO

Sin soltar el pico.

Ha salido.

ANITA

¿Sabe usted si va á volver pronto?

FRANCISCO

Creo que sí. ¿Qué deseaba usted?

ANITA

Soy la criada nueva. La señora me apalabró el jueves, y me dijo que viniera hoy sin falta.

FRANCISCO

Dándose importancia.

Sí, sí; ya me lo ha dicho. La señora ha ido á casa del señor cura. No entre usted en casa porque papá está solo durmiendo la siesta y no le gusta que le moleste. Siéntese usted, si quiere, en la escalera.

ANITA

No estoy cansada.

FRANCISCO

¿Viene usted de muy lejos?

ANITA

De la Olmeda; es mi pueblo.

FRANCISCO

¿Y el baúl?

ANITA

Le he dejado en la estación.

FRANCISCO

¿Pesa mucho?

ANITA

No tiene más que cuatro trapos.

FRANCISCO

Le diré al cartero que le traiga mañana en el carricoche. ¿Tiene usted el talón?

ANITA

Aquí está.

FRANCISCO

No le pierda usted. ¿Cómo se llama usted?

ANITA

Anita.

FRANCISCO

Anita... Está bien... Anita... Yo... yo... sabe usted... yo, como oirá usted que me llaman muchas veces... para que sepa usted quién soy..., y no le extrañe á usted..., pues me llamo Cabeza de zanahoria...

ANITA

¿Eh?...

FRANCISCO

Sí... Cabeza de zanahoria... Soy el hijo pequeño... ¿No le ha hablado á usted de mí la señora?

ANITA

No.

FRANCISCO

Me extraña... ¿Le gusta á usted servir en esta casa?

ANITA

Ya veremos.

FRANCISCO

La casa no es mala.

ANITA

¿Hay mucho trabajo?

FRANCISCO

No. De los doce meses del año, diez viven solos el señor y la señora. Los otros dos, como son vacaciones, y venimos á casa mi hermano y yo, tendrá usted más que hacer, pero no mucho.

ANITA

A mí no me asusta el trabajo.

FRANCISCO

Y, además, que yo la ayudaré á usted.

ANITA

Con asombro.

¿Usted?

FRANCISCO

Es decir... ayudar.

Se acerca á ella, un poco avergonzado.

Como estoy de vacaciones, no me voy á pasar todo el día jugando... y hago algo, por distraerme.

ANITA

Abriendo mucho los ojos.

¡Cuando el señorito lo dice!

FRANCISCO

No me llame usted señorito. Menuda risa le va á dar á mi madre si la oye á usted llamarme señorito. Todavía no tengo edad de que me llame usted señorito... Llámeme usted como yo á usted... por mi nombre... Cabeza de zanahoria.

ANITA

Pero eso no es nombre de cristiano. ¿No tiene usted nombre de pila?

FRANCISCO

Sí; el que me pusieron al bautizarme... Pero como no se usa desde el día que me bautizaron... pues... ya se le ha olvidado á todo el mundo.

ANITA

¿Y quién le ha puesto á usted ese mote?

FRANCISCO

No es mote: es que mi madre me llama así... porque como tengo el pelo de este color.

ANITA

Rubio.

FRANCISCO

Sí es rubio. Pero á mi madre le parece rojo, porque... porque tiene muy buena vista... y por eso.

ANITA

No... no me atrevo.

FRANCISCO

Si á mí me da lo mismo...

ANITA

Cabeza de...

FRANCISCO

Si, señora... sí, sí, ¡de zanahoria! Acostúmbrese usted. ¡Se lo mando yo á usted! porque desde mañana por la mañana... esta tarde voy de caza con el señor... desde mañana por la mañana, nos repartiremos el trabajo.

Anita se ríe.

¿De qué se ríe usted?

Muy ofendido.

ANITA

Usted perdone...

FRANCISCO

Bueno: entendámonos, para que cada uno sepa su obligación, y no nos estorbemos uno á otro. Los dos nos levantamos á las cinco y media en punto.

ANITA

¿También usted?

FRANCISCO

Sí, Me paso la noche en un sueño, pero por las mañanas no puedo dormir. Yo la despertaré á us-

ted. Su cuarto de usted está al lado del mío, arriba, en el granero. En cuanto me levanto cuido á los animales... Tengo una pasión por los animales... Llevo la sopa al perro, echo el trigo á las gallinas, doy hierba á los conejos. Usted enciende la lumbre y hace usted los desayunos para la familia La señora...

ANITA

¿Su madre de usted?

FRANCISCO

Sí, toma café con leche. El señor...

ANITA

¿Su padre de usted?

FRANCISCO

Sí... no me interrumpa usted... el señor toma café puro, y mi hermano Félix, chocolate.

ANITA

¿Y usted?

FRANCISCO

A usted, los primeros días, la tratarán bien. Probablemente tomará usted café con leche, como la señora. Después, ella verá.

ANITA

¿Y usted?

Insistiendo.

FRANCISCO

¿Yo?... Yo tomo lo que quiero, cualquier cosa... la sopa que ha sobrado del día antes ó un pedazo de pan... varío... ó nada. No tengo apetito por las mañanas.

ANITA

¿No le gusta á usted tomar chocolate, como su hermano?

FRANCISCO

No... es muy ardiente, y salen granos. Toda la mañana la paso estudiando, haciendo los deberes que traigo del colegio para las vacaciones. Usted tampoco tiene que cruzarse de brazos: tiene usted que limpiar el calzado. Tenga usted cuidado de dar mucha grasa á los zapatos del señor.

ANITA

Está bien.

FRANCISCO

Y á las botas de la señora no les dé usted demasiado betún, porque se quema la piel.

ANITA

Sí, señor.

FRANCISCO

Luego hace usted las camas y la limpieza. Ah, si le hace á usted falta agua, me llama usted y yo la sacaré del pozo. Es por hacer ejercicio... no me cuesta trabajo, mire usted.

Saca con esfuerzo un cubo de agua y le deja en el brocal.

Fortalece. Toda la que usted quiera. ¿Sabe usted guisar?

ANITA

Sé poner un puchero.

FRANCISCO

Algo es algo. Pero no se apure usted por la cocina. La señora es una gran cocinera, y el día que

ella tiene apetito se chupa uno los dedos. Cuando dan las doce yo bajo á la cueva á sacar el vino.

ANITA

¿Tiene usted la llave?

FRANCISCO

Sí, tengo yo la llave... y además, la escalera es peligrosa y nadie se atreve á bajarla. Y que aunque se atreviesen yo tampoco querría que bajase nadie, porque así vendo las botellas vacías, y lo que saco es para mí... Ahora, que siempre se lo doy á guardar á la señora, porque yo, ¿para qué lo necesito? No se apure usted; teniendo yo la llave no le faltará á usted su vasito de vino.

ANITA

Oh, yo con un dedo á cada comida.

FRANCISCO

Yo no bebo. Se me sube á la cabeza. Bebo agua, de ésta, de aquí, del pozo, que es la mejor de todo el pueblo. Usted sirve á la mesa. Cambia usted de platos lo menos posible.

ANITA

Mejor para mí.

FRANCISCO

Es porque hay pocos. Después de comer friega usted. Yo la ayudaré á usted algunas veces.

ANITA

¿A fregar?

FRANCISCO

A secar, cuando se saca la vajilla nueva.

ANITA

¿Hay convidados á menudo?

FRANCISCO

Pocas veces. Al señor no le gusta la gente, y cuando la señora convida á alguien le pone mala cara y no vuelve. Por la tarde no tengo nada que hacer.

ANITA

¿Nada?

FRANCISCO

Casi. Hago lo que quiero... fumando un cigarrillo.

ANITA

Sonriendo.

¡No está mal!

FRANCISCO

Sí; el señor me da alguno de cuando en cuando porque le divierte ver que se me va un poco la cabeza. Ando por el jardín y por el huerto, cuido un poco las flores, saco una cesta de patatas, cojo guisantes y los mondo cuando tengo un rato de más...

ANITA

¿Nada más?

FRANCISCO

No me apresuro... no. Ya ve usted. Ahora, cuando ha llegado usted, estaba arrancando un poco de hierba; pero hay para rato. Antes acabarían de escardar las gallinas á picotazos si las dejaran. Tengo mucha calma.

ANITA

Ya... ya... Y cuando acaba usted, ¿no hace usted nada más?

FRANCISCO

Nada más... Es decir... algunas veces voy á algún recado.. á la tienda..., al pueblo, á la botica; pero lo demás del tiempo estoy completamente libre.

ANITA

Y su hermano de usted, ¿qué hace en todo el día?

FRANCISCO

¡No va á pasarse trabajando las vacaciones! No tiene la salud que yo. Está delicado.

ANITA

¿Y se cuida?

FRANCISCO

Allá él. Lo malo para usted es que por las tardes, mientras yo descanso, usted tiene que bajar al río. Eso es lo peor.

ANITA

¿Ensucian ustedes mucha ropa?

FRANCISCO

No; pero hay que lavar los pantalones de caza del señor. En cuanto llueve, traen kilos de barro. Se secan y hay que restregar firme. Ya verá usted. Se tienen derechos dentro del agua, como si tuvieran las piernas dentro.

ANITA

¿No gasta botas altas?

FRANCISCO

Ni botas ni polainas. Es un cazador de una vez. Sabe usted... creo que se mete en los barrizales á propósito, sólo por hacer rabiar á la señora; pero como la señora no va al río, usted es la que paga el pato. Qué le vamos á hacer. Para eso es usted la criada.

ANITA

¿Tienen mal genio?

FRANCISCO

Confidencial.

Oiga usted... para que sepa usted á qué atenerse. El que parece que tiene mal genio es el señor; pero resulta que la señora es... ¡Chitón!

Oye ruido, y creyendo que es su madre se precipita á coger el pico. Pasa una mujer por la calle y él se tranquiliza.

Un cardo que me estaba arañando en este pie.

Avergonzado de que la criada le haya visto con miedo, tira el pico, se sienta en la carretilla, coge un cestillo en el cual hay guisantes y se pone á mondarlos. Anita coge también un puñado.

No, déjelos usted... disfrute usted el último rato que le queda libre... Sí, Anita... el señor... á primera vista impresiona un poco... pero no está nunca en casa. Se marcha á París, porque tiene un pleito, y cuando está aquí, se va de caza. Y en casa no habla nunca... se ríe algunas veces... cuando mi hermano Félix dice alguna gracia. Manda por señas, porque no le gusta gastar palabras. Si quiere pan, no dice: — Deme usted pan, Anita—, sino que se levanta y va á buscarlo, á no ser que usted comprenda que le hace falta pan y se lo dé usted sin que lo pida.

ANITA

Sí que es un hombre raro.

FRANCISCO

¡Qué se le va á hacer!

ANITA

¿Le quiere á usted mucho?

FRANCISCO

Supongo que sí. Me quiere á su modo, callando. Siempre se calla.

ANITA

¿Siempre?

FRANCISCO

Con la familia. Pero hay que oírle cuando va de caza, la conversación que trae con su perro.

ANITA

Entonces no disputará con la señora.

FRANCISCO

No. Pero la señora disputa sola. Cuanto más se calla él, más habla ella con todo el mundo; con el señor, que no responde nunca; con mi hermano Félix, que responde cuando quiere; conmigo, que respondo cuando quiere ella, y con el perro que meneea la cola.

ANITA

¿Está chiflada?

FRANCISCO

Con susto.

¿Qué dice usted? Tenga usted cuidado con lo que habla, porque no es sorda.

ANITA

¿Tiene mal genio?

FRANCISCO

Para la criada no le tiene muy malo. Unas veces le llamará á usted hija mía; otras, pedazo de idiota. Para el señor tampoco, porque es lo mismo que si no existiera; para mi hermano Félix, es una madre. Le adora.

ANITA

Y para usted.

FRANCISCO

Vagamente.

También es mi madre.

ANITA

¿Le adora á usted?

FRANCISCO

Mi hermano y yo no tenemos el mismo carácter.

ANITA

Le aborrece á usted, ¿eh?

FRANCISCO

Nadie lo sabe, Anita. Unos dicen que no me puede ver, y otros dicen que me quiere mucho, pero que lo disimula.

ANITA

Usted lo sabrá mejor que nadie.

FRANCISCO

Deja en el suelo la cesta y se levanta.

Si lo disimula, lo disimula bien.

ANITA

¡Pobrecillo!

FRANCISCO

La última recomendación, Anita. Al caer la noche, no se le olvide á usted...

ANITA

Usted sí que parece bueno.

FRANCISCO

¿Usted cree? No se fíe usted.

ANITA

¿Por qué?

FRANCISCO

Porque dicen que conmigo no hay que fiarse.

ANITA

Tiene usted sus defectillos, ¿eh?

FRANCISCO

Defectillos y defectos grandes. Los tengo todos.

Cuenta con los dedos.

Soy embustero, hipócrita, sucio, perezoso, terco...

ANITA

¿Nada más?

FRANCISCO

Ya lo creo. No tengo corazón, y además... ronco... Ah, y soy gruñón... y dicen que aunque me maten á golpes, no me corregiré mientras viva.

ANITA

¿Le pega á usted?

FRANCISCO

¡Oh, algún cachete que otro!

ANITA

¿Tiene la mano lista?

FRANCISCO

¡Digo!

Transición.

Pero no me hace daño; tengo el pellejo duro. Lo que hay es que me da vergüenza que me pegue, porque ya voy siendo mayor. Tengo diez y seis años.

ANITA

No me cabe en la cabeza que sea usted malo.

FRANCISCO

Paciencia. Ya lo irá usted viendo.

ANITA

No lo creo.

FRANCISCO

Ya la convencerá á usted la señora.

ANITA

Si quiero.

FRANCISCO

Aunque no quiera usted. Aquí no quiere nadie más que ella, y pobre de usted si le lleva usted la contraria.

ANITA

¿Me va á comer?

FRANCISCO

Puede.

ANITA

¡Demonio!

FRANCISCO

Quiero decir que la pondrá á usted de patas en la calle.

ANITA

Oiga usted ¿No valdría más que me fuese ahora mismo?

FRANCISCO

Inquieto.

Espere usted unos días. Como es usted nueva... al principio... Sí, lo menos un mes lo pasará usted bien... quédese usted... hasta que le tome á usted rabia... peor que en otra parte no va usted á estar, y... yo... pues mejor quiero que sea usted que otra.

ANITA

¿Le gusto á usted?

FRANCISCO

No me disgusta usted, y me parece que con buena voluntad nos entenderemos.

ANITA

Eso quiero yo.

FRANCISCO

Pero dé usted siempre la razón á la señora, diga usted que sí siempre, contra mí sobre todo.

ANITA

No faltaría más.

FRANCISCO

Sí, sí... aunque no lo sienta usted. Ya seremos amigos cuando estemos solos.

ANITA

Eso, sí, señor.

FRANCISCO

Ya ve usted si tengo mal corazón. ¡Al primero que llega le cuento todo lo que no le importa!

ANITA

Orgullosa no es usted, no.

FRANCISCO

Lo único que le pido á usted es que no me hable usted nunca de tú. La otra criada me tuteaba con pretexto de que era vieja, y me daba rabia. Llámeme usted Cabeza de zanahoria; como todo el mundo.

ANITA

Discretamente.

No, no.

FRANCISCO

Con fiereza.

¡Sí! Pero no se le ocurra á usted tutearme.

ANITA

Le juro á usted...

FRANCISCO

Bueno, bueno. Le decía á usted que tengo que encargarle una cosa. El señor y yo nos vamos de caza ahora dentro de un rato. Como volvemos tarde, yo comeré un poco de sopa y me acostaré rendido. De modo que no se olvide usted esta noche de encerrar los bichos. Además, usted es quien los encierra siempre.

ANITA

¡Vaya un trabajo!

FRANCISCO

Yo le aseguro á usted que las primeras veces que tenga usted que atravesar este patio de noche y á oscuras, sin farol, lloviendo, con un viento....

ANITA

Riéndose.

¡Si que da miedo solo de pensarlo!

FRANCISCO

Anoche, como no estaba usted aquí, tuve que salir yo á encerrarlos, y le aseguro á usted... que... da respeto.

ANITA

¿Es usted miedoso?

FRANCISCO

¡No soy miedoso, no! Puede usted preguntárse-lo á la señora. ¡Cualquier defecto tendré menos ese! Soy valiente. Mire usted el pajar. Ahí es donde me meto cuando hay tormenta. Pues aunque truene lo que truene, yo tan tranquilo, jugando á las prendas.

ANITA

¿Solo?

FRANCISCO

Tanto divierte jugar solo como acompañado. Cuando saco prenda, me beso la mano ó beso la pared. ¡Para que vea usted si soy miedoso! Pero cada uno tiene que cumplir su obligación y la obligación de usted es encerrar los bichos todas las noches. La señora lo tiene mandado expresamente; así es que los encierra usted.

ANITA

Sí, sí; no se sofoque usted, los encerraré, que á mí no me da miedo andar á oscuras.

FRANCISCO

A mí tampoco. A mí no me da miedo nada, ni nadie, entiende usted, nadie.

Con autoridad.

Pero es que la señora tiene dicho...

LA MADRE

Entrando de la calle.

Cabeza de zanahoria, los bichos los encerrarás tú todas noches.

ESCENA VI

Dichos y LA MADRE.

LA MADRE viste de color café; lleva un gran alfiler al cuello y trae una sombrilla en la mano. En el momento en que Francisco decía: ¡No tengo miedo á nadie! ha abierto la puerta y estaba oyendo derecha, seca, muda, con la respuesta preparada.

FRANCISCO

¡Sí, mamá!

Coge el pico y le ofrece la espalda para que le pegue si quiere. Se encoge como si quisiera hacer un agujero en el suelo para esconderse.

ANITA

Saluda á La Madre con curiosidad y un poco de temor.

Buenos días, señora.

LA MADRE

Buenos días, Anita. ¿Hace mucho tiempo que está usted aquí?

ANITA

No, señora. Un cuarto de hora.

LA MADRE

A Francisco.

¿No podías tú haber ido á buscarme?

FRANCISCO

Iba ahora mismo.

LA MADRE

Lo dudo.

FRANCISCO

¿No es verdad, Anita?

ANITA

Sí, señora.

LA MADRE

Siquiera podías haberla mandado entrar en casa.
¿No te enseñan urbanidad en el colegio?

ANITA

Estaba bien aquí, señora. Estaba hablando con el señorito.

LA MADRE

Suspica.

¡Ah! ¿Hablaba usted con el señorito Cabeza de zanahoria?... No le habrá faltado á usted conversación.

FRANCISCO

Mamá; estaba diciéndole lo que tiene que hacer.

LA MADRE

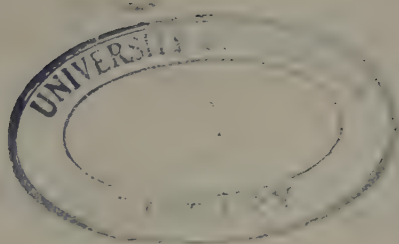
Y de paso hablándole de tu familia. No le habrá contado á usted nada bueno.

ANITA

¡El señorito! No, señora. El señorito no tiene mala lengua.

LA MADRE

Vamos... veo que están ustedes muy amigos. No has perdido el tiempo. ¡Sácate las manos de los bolsillos! Acabaré por cosértelos.





Fot. Kaufak.

Francisco saca las manos de los bolsillos.

¡Mire usted qué palillos de tambor! Aplástate ese pelo... ¡Pareces un erizo!

Francisco se aplasta el pelo.

¿Y la corbata?

FRANCISCO

Llevándose la mano al cuello.

Me has dicho que en el campo no necesito gastar corbata.

LA MADRE

Claro que no la necesitas. ¡Buena te has puesto la blusa! Tienes gusto en irte metiendo en los charcos. Mira hasta dónde te llega el barro.

FRANCISCO

Terciando la vista para mirarse al hombro, que es donde su madre señala.

¡Es del pico, mamá!

LA MADRE

¿Estás arrancando hierba de la blusa?

ANITA

Dejando el cesto en el banco.

Yo le cepillaré, señora.

LA MADRE

Por lo visto la ha conquistado á usted. Que sea enhorabuena. No todo el mundo consigue así de pronto la amistad de Cabeza de zanahoria. Déjele usted, ya se cepillará solo, que no necesita criados.

Con amabilidad.

Pero, hija mía, debe usted estar cansada: entre usted y descanse.

Abre la puerta en lo alto de la escalerilla.

Zanahoria, sube de la cueva una botella de cerveza.

FRANCISCO

Sí, mamá.

LA MADRE

Y ve al caserío á buscar una jarra de leche.

FRANCISCO

¡Sí, mamá!

LA MADRE

Volandito.

A Anita.

¿Tiene usted el baúl en la estación?

ANITA

Sí, señora.

LA MADRE

Este irá á buscarle en la carretilla.

FRANCISCO

¡Ah!

LA MADRE

¿Te molesta?

FRANCISCO

No; me daré prisa.

LA MADRE

No sé quién te corre.

FRANCISCO

Es que tengo que ir de caza con papá.

LA MADRE

Pues no vas de caza (Burlándose.) con papá, y está todo listo.

FRANCISCO

Es que papá...

LA MADRE

Te he dicho cien veces que es ridículo que á tus años digas «papa»; di mi padre.

FRANCISCO

Sí, mamá... es que mi padre me ha dicho que vaya y le he dicho que iré.

LA MADRE

Pues ahora le dices que no vas. ¿Dónde está tu padre?

FRANCISCO

Durmiendo la siesta,

LA MADRE

Vuelve á bajar y se acerca á Francisco que, creyendo que va á pegarle, levanta el brazo para taparse la cara.

¿Por qué levantas el brazo? Anita se va á figurar que me tienes miedo. No quiero que vayas de caza.

FRANCISCO

Bueno, mamá. Pero ¿qué le digo á mi padre?

LA MADRE

Le dices que has cambiado de idea, y que no quieres ir. ¿Entiendes? ¿Es que no te dignas responderme cuando te hablo?

FRANCISCO

Sí, madre (Corrigiéndose.) sí, mamá.

LA MADRE

Con burla.

Sí, mamá. ¿Estás gruñendo?

FRANCISCO

No gruño.

LA MADRE

Sí gruñes. ¿Por qué? Si no te gusta ir de caza.

FRANCISCO

Con rebeldía sorda.

¡Es verdad; no me gusta!

LA MADRE

¡Cabezota!

Vuelve á subir la escalera.

Ay, Anita, no hay quien haga carrera de esta criatura.

ANITA

Pues parece dócil.

LA MADRE

¡Dócil! Tiene un corazón más duro que una piedra. Le da todo lo mismo; no quiere á nadie. ¿No es verdad, Cabeza de zanahoria?

FRANCISCO

¡Sí, mamá!

LA MADRE

¡No, mamá! ¡Ay si no tuviera otro hijo!

Entra en la casa con Anita y cierra la puerta. Francisco se pone á arrancar hierba. El Padre aparece en la verja con el fusil al hombre y el morral en la mano para dárselo á Francisco.

ESCENA V

FRANCISCO, EL PADRE, y después ANITA.

EL PADRE

Vamos. ¿Estás listo?

FRANCISCO

Papá, me ha dado otra idea. ¡No voy de caza!

EL PADRE

Que no vienes. ¿Por qué?

FRANCISCO

Porque se me ha quitado la gana de ir.

EL PADRE

¡Qué raro eres!... En fin, haz lo que quieras.

Se pone el morral.

FRANCISCO

No te hago falta, ¿verdad?

EL PADRE

Falta, no.

ANITA

Sale de la casa y se acerca á
Francisco con una jarra en la
mano.

Dice la señora que vaya usted en seguida al
caserío á buscar la leche.

FRANCISCO

Soltando el pico.

Voy.

Al Padre, que se aleja.

Adiós, papá, que mates mucho.

ANITA

¿Es el señor?

FRANCISCO

Sí.

ANITA

¿Le ha dicho usted que la señora le ha prohibido á usted que vaya con él?

FRANCISCO

Le he dicho lo que me ha dicho mamá; ¿no lo ha oído usted? Que me ha dado otra idea.

ANITA

Si yo fuera usted, le hubiera dicho la verdad.

FRANCISCO

Cogiendo la jarra.

Anita, ¿qué es lo que á mí me importa? Librarme de todas las bofetadas que pueda. Haga lo que haga, el señor no me pega nunca, mientras que con el menor pretexto, la señora...

Levanta la mano, como para dar una bofetada y deja caer la jarra, que se rompe. Entonces mira con susto hacia la ventana.

ANITA

Recogiendo los pedazos de la jarra.

No se apure usted, la he roto yo. Si yo fuera usted hubiera dicho la verdad.

FRANCISCO

¿Para que el señor se enfade con la señora y la señora lo pague conmigo?

ANITA

¡Sí que tiene usted un padre y una madre!...

FRANCISCO

¡Todo el mundo no puede ser huérfano!

EL PADRE

Volviendo á aparecer en la verja.

¿Dónde demonios está ese perro? Hace media hora que le estoy llamando.

FRANCISCO

Está en el cobertizo, papá.

Va á abrir la puerta del cobertizo.

EL PADRE

¿Le habías encerrado tú?

FRANCISCO

Sin querer. Sí, papá... por precaución... por ti...

EL PADRE

¿Por mí nada más? Te estás burlando de tu padre, ¿eh?

FRANCISCO

No, papá, no me burlo.

EL PADRE

Pues si no te burlas, explícate de una vez. ¿Qué es eso de querer y no querer, de encerrar al perro, de...

ANITA

Acercándose á Francisco.

¡Dígale usted! que no es usted el que no quiere ir. Buenos días, señor.

FRANCISCO

Al padre, que mira á Anita con un poco de asombro.

Es la criada nueva. Acaba de llegar y no está al corriente de nada. ¡Si hiciera usted el favor de no meterse en lo que no le importa.

EL PADRE

¿Que no eres tú? ¿Qué significa esto? ¡Responde! ¡Responde te digo!

Francisco, con la cabeza baja, restriega los pies en el suelo.

ESCENA VI

Dichos y LA MADRE.

LA MADRE

Abre la ventana, desde la cual estaba mirando sin oír, y con voz amable dice:

Anita, ¿ha dicho usted á mi hijo que vaya al caserío?

ANITA

Sí, señora.

LA MADRE

Tienes tiempo de sobra, hijo mío, puesto que ya no quieres ir de caza.

ANITA

Al padre.

Es ella quien se lo ha prohibido.

LA MADRE

Anda, hijo, anda; con eso das un paseito.

EL PADRE

¡No te muevas!

LA MADRE

Anda, hijo; haz el favor de ir en seguida.

Francisco echa á correr.

EL PADRE

¡Te he dicho que no vayas!

Francisco, asustado, entre dos fuegos, se detiene sin saber qué hacer.

LA MADRE

¿Qué haces que no vas, Cabeza de zanahoria?

EL PADRE

Sin mirar á la madre.

¡Dejale en paz!

Francisco, sobrecogido de asombro y de emoción, se sienta.

LA MADRE

Asustada.

¿Qué hace usted ahí, Anita? Entre usted.

Cierra á medias la ventana.

ANITA

Voy, señora.

Acercándose á Francisco,

Ya ve usted cómo no dice nada.

FRANCISCO

¡Buena la ha hecho usted!

ANITA

¡Es que yo no sé mentir!

FRANCISCO

Hace usted mal. Me parece que aquí no va usted á durar mucho.

ANITA

No me faltarán casas. Soy una muchacha decente.

FRANCISCO

Mejor para usted.

ANITA

¿Se ha enfadado usted conmigo?

LA MADRE

Abre la ventana con impaciencia,

¡Anita!

EL PADRE

Quitándose la escopeta y el fusil.

¡Llévese usted esto!

ANITA

¿No estará cargado?

EL PADRE

Secamente.

¡Si!

Anita entra en la casa.

ESCENA VII

FRANCISCO y EL PADRE

EL PADRE

Y ahora, ¿quieres hacer el favor de responderme?

FRANCISCO

Anita hubiera hecho muy bien en callarse; pero es verdad. Mi madre no me deja ir de caza.



Fot. Kaulak.



EL PADRE

¿Por qué?

FRANCISCO

¡Ah! Pregúntaselo á ella.

EL PADRE

¿Qué motivo te da?

FRANCISCO

No tiene que darme cuentas.

EL PADRE

¿Es que te necesita?

FRANCISCO

Siempre me necesita.

EL PADRE

¿Le has hecho algo malo?

FRANCISCO

Lo sabría. Cuando hago algo mal hecho, me lo dice, y lo pago en seguida. No he hecho nada, no; he sido bueno toda la semana.

EL PADRE

¡No es verdad! ¿Por qué te iba á prohibir tu madre venir de caza?

FRANCISCO

Me lo prohíbe siempre que puede.

EL PADRE

¿Por qué?

FRANCISCO

Porque sabe que me gusta.

EL PADRE

Eso te lo figuras tú.

FRANCISCO

¿Lo ves? Ya no me crees. Más vale callar.

EL PADRE

Da algunos pasos de un lado para otro, se acerca á su hijo y le pasa la mano por la cabeza.

Levántate esas greñas, que siempre te tapan los ojos... Vamos á ver, ¿qué te pasa?

Silencio angustioso de Francisco.

Habla.

FRANCISCO

Se yergue con resolución.

¡Papá, me quiero marchar de esta casa!

EL PADRE

¿Qué dices?

FRANCISCO

Que me quisiera marchar de esta casa.

EL PADRE

¿Por qué?

FRANCISCO

¡Porque no quiero á mi madre!

EL PADRE

Con burla.

¿Y cómo es eso, Cabeza de zanahoria? ¿Desde cuándo?

FRANCISCO

Desde que la conozco... á fondo.

EL PADRE

Pero eso es todo un acontecimiento. ¿Tú sabes lo que dices? ¡Un hijo que no quiere á su madre!

Se ríe.

FRANCISCO

Papá, harás el favor de decirme cómo me puedo separar de ella.

EL PADRE

¡Si no pasas con ella mas que los dos meses de vacaciones!

FRANCISCO

Los dos me sobran. Oye, papá: déjame en el colegio todo el año.

EL PADRE

Te aburrirías mortalmente.

FRANCISCO

No, no. Estudiaría, prepararía un curso adelantado. Déjame que pase las vacaciones en el colegio.

EL PADRE

¿Y no te veríamos en todo el año?

FRANCISCO

Ibas tú á verme allí.

EL PADRE

Los viajes de recreo cuestan caros, hijo.

FRANCISCO

Pero como tú viajas para tus negocios... con dar un rodeo...

EL PADRE

¡Qué dirían de mí! Ese favor que pides no le disfrutan mas que los pobres huérfanos. Todo el mundo diría que te abandono.

FRANCISCO

Entonces quítame de estudiar. Dí que no adelanto, y ponme á oficio, interno.

EL PADRE

¿A qué oficio?

FRANCISCO

A cualquiera: ponme de dependiente en un comercio, ó en una fábrica, ó á trabajar al campo.

EL PADRE

¿Carpintero?

FRANCISCO

Bueno.

EL PADRE

¿O zapatero?

FRANCISCO

Lo mismo me da. Con tal de ganarme yo solo la vida.

EL PADRE

Con broma cariñosa.

Supongo que me permitirías ayudarte.

FRANCISCO

Con orgullo pueril.

Los dos primeros años, bueno.

EL PADRE

Eso son sueños, hijo. ¿Crees que he hecho yo tantos sacrificios para que vivas machacando suela?

FRANCISCO

Desanimado.

¡Papá, no te burles de mí!

EL PADRE

Lo merecerías. Vamos á ver. ¿A ti qué te parece? ¡Tu hermano con carrera y tú zapatero!

FRANCISCO

¡Mi hermano es feliz en su casa!

EL PADRE

Sentándose en el banco.

¿Y tú, no lo eres? ¡Por cuatro tonterías de chiquillo mimoso!

FRANCISCO

Como si hablase consigo mismo.

¡Hay chiquillos tan desgraciados, que acaban por matarse!

EL PADRE

Pocos son.

FRANCISCO

Hay algunos.

EL PADRE

Siempre con burla

¿Te quieres suicidar?

FRANCISCO

De cuando en cuando.

EL PADRE

¿Lo has intentado?

FRANCISCO

¡Algunas veces!

EL PADRE

Cuando no acierta uno á la primera, no acierta nunca.

FRANCISCO

Es que la primera vez, lo confieso, no estaba decidido del todo, del todo. No quise mas que ver el efecto que hacía. Saqué un cubo de agua del pozo y metí dentro la cabeza. Me tapé las narices y la boca, y estaba esperando á ver si me asfixiaba, cuando, de un bofetón, mi madre tiró el cubo y me hizo levantar la cabeza.

Se ríe. El padre sonríe también.

¡No me ahogué, pero me puse perdido de agua! Mi madre dijo que siempre estoy inventando con el demonio para estropear me la ropa y dar que hacer en casa.

EL PADRE

¿Y por qué motivo te quisiste ahogar?

FRANCISCO

Ya no me acuerdo. Aquello fué una niñería. Era yo todavía muy pequeño. Pero la segunda vez ya iba en serio.

EL PADRE

¡Qué cara es ésa!

FRANCISCO

La segunda vez fué ahorcándome.

EL PADRE

Y estás vivo. Ya ves cómo no tenías más gana de ahorcarte que de echarte al agua.

FRANCISCO

Subí al granero. Até una cuerda á la viga gorda; ¿sabes cuál?

EL PADRE

La de en medio.

FRANCISCO

Hice un nudo corredizo, metí el pescuezo dentro, me subí al reborde de la ventana, con los brazos cruzados... así...

EL PADRE

Sí, sí...

FRANCISCO

Veía el cielo por entre las tejas...

EL PADRE

Angustiado.

¡Acaba de una vez!

FRANCISCO

Iba á dar el salto, cuando me llamaron.

EL PADRE

Dando un suspiro de satisfacción.

¿Y bajaste?

FRANCISCO

Sí.

EL PADRE

Ya lo ves. Tu madre te ha vuelto á salvar la vida.

FRANCISCO

Si me hubiera llamado mi madre, ya estaría yo lejos. Bajé porque eras tú quien me llamaba.

EL PADRE

¿Es verdad eso?

FRANCISCO

Mirando al pajar.

¿Quieres que vuelva á subirme? Allí está la cuerda todavía.

El padre se dirige hacia el pajar y vacila.

Anda á ver, anda. ¡Yo no miento nunca mas que á mi madre!

EL PADRE

No entra, se vuelve y coge la mano de Francisco.

Pero ¿hasta ese punto te maltrata?

FRANCISCO

¡Déjame marchar!

EL PADRE

¿Por qué no te quejabas?

FRANCISCO

Porque me ha prohibido que me queje. ¡Adiós, papá!

EL PADRE

¡No te marchas! ¿Cómo quieres que consienta yo semejante cosa? Te quedas á mi lado, y de aquí en adelante te juro que no te atormentará nadie.

FRANCISCO

Pero, padre, ¿qué voy á hacer en casa si no quiero á mi madre?

EL PADRE

Sin saber que habla alto.

¿Es que te figuras que la quiero yo?

Va de un lado para otro, con agitación.

FRANCISCO

Que le sigue.

¿Qué has dicho, papá?

EL PADRE

Con dureza.

He dicho: ¿es que te figuras que yo la quiero?

FRANCISCO

Lleno de gozo.

Es que creía haber oído mal.

EL PADRE

¿De eso te alegras?

FRANCISCO

Sí, papá, porque ya somos dos. ¡Ay, nos está mirando por la ventana!

Con susto.

EL PADRE

¡Cierra las persianas!

FRANCISCO

Con miedo:

¡Ay, no, que está detrás de los cristales!

EL PADRE

¿Tienes miedo?

FRANCISCO

¡Sí, sí, ciérralas tú!

El padre se acerca y cierra las persianas volviendo la espalda á la ventana.

¡Sí que eres valiente, cerrarle la persiana en las narices! ¿Qué va á pasar?

EL PADRE

¡Nada, simple!

FRANCISCO

¿Y si las vuelve á abrir?

EL PADRE

Las volveré á cerrar. ¿Hasta pero ese punto te aterroriza?

FRANCISCO

Tú eres un hombre y... claro, pero á mí... Cuando tengo hipo, se me quita de golpe sólo con verla.

EL PADRE

Eso es nervioso.

FRANCISCO

Es que me pongo malo.

EL PADRE

Pues tu hermano no la tiene miedo.

FRANCISCO

Mi hermano. ¡Ese sí que es valiente! Cuando ella le amenaza, él coge el palo de la escoba y ella no se atreve á acercarse. ¿Quién fuera él! Por eso dice ella: A éste hay que tratarle con suavidad, porque es muy susceptible y á golpes no se consigue nada de él. Los golpes no sirven mas que conmigo.

EL PADRE

¿Tienes mas que imitarle? Defiéndete.

FRANCISCO

¡Si me atreviera! Pero aunque fuera mayor que él no me atrevería, y eso que cobarde no soy. ¡No le tengo miedo ni á un toro! Pero coger un palo contra mi madre, se me caería de las manos, ella se bajaría á recogerle, y creyendo que se le llevaba á propósito, me daría las gracias antes de sacudirme con él.

EL PADRE

Echa á correr en cuanto la veas.

FRANCISCO

Si no puedo. Se me paran las piernas. Además, que, tarde ó temprano, tendría que volver. Es ridículo, ¿verdad, papá?, tener tanto miedo á su madre de uno. ¿A ti no te da un poco también?

EL PADRE

¿A mí?

FRANCISCO

No la miras nunca cara á cara.

EL PADRE

Por otras razones.

FRANCISCO

¿Por qué razones, papá?... ¡Ay!

EL PADRE

¿Qué pasa?

FRANCISCO

Papá, que está escuchando detrás de la puerta.

En efecto, la madre había entreabierto la puerta. Notando que la han visto, abre del todo, baja poco á poco, y se acerca, parándose á recoger ramas secas que han quedado en el suelo.

ESCENA VIII

DICHOS y LA MADRE

LA MADRE

A Francisco.

Apártate un poco. Retira ese pie.

EL PADRE

Sin mirar á la madre.

¿Qué haces ahí?

LA MADRE

Con humildad fingida.

¿No puedo recoger unas ramas?

EL PADRE

¡Márchate!

FRANCISCO

¡Ay, ay!

Se refugia en el pajar.

LA MADRE

Empieza á fingir un ataque de nervios, se aprieta la boca con e pañuelo. Al ruido sale Anita, que se queda en la escalerilla.

¿Así me tratan delante de una extraña, delante de mis hijos, para que aprendan á respetarme? ¡Dios mío, qué he hecho yo para que me traten de este modo!

EL PADRE

Muy tranquilo, á Anita.

Anita, le advierto á usted que á la señora le va á dar el ataque de nervios; pero no se asuste us-

ted, porque es broma. Retuerce los brazos pero tenga usted cuidado, porque, de arañar á alguien la arañará á usted; muerde el pañuelo, pero no se le traga; amenaza con tirarse al pozo, pero sabe que tiene reja; corre de un lado para otro como si no supiera dónde va, pero se va derecha á casa del cura.

LA MADRE

Rabiosa.

¡Nunca, nunca volveré á poner los pies en esta casa!

EL PADRE

¡Hasta la noche!

LA MADRE

Ya en la calle.

¡Señor, no dejaréis caer sobre mí una mirada de misericordia!

ANITA

Voy con la señora, porque á la pobre le va á dar algo.

EL PADRE

¡Comedia!

Anita sale.

ESCENA IX

FRANCISCO y EL PADRE

EL PADRE

Buscando con la vista á Francisco.

¿Dónde estás?

Le ve metido en el pajar

¡Cobarde!

FRANCISCO

¿Se ha marchado?

EL PADRE

Vamos, hombre, ya puedes salir.

FRANCISCO

Se asoma á la puerta de la calle
y vuelve.

¡Cómo corre! ¡Ay, papá! ¡Vete, vete!

EL PADRE

No he tenido que decírselo dos veces.

FRANCISCO

No; pero eres terrible.

EL PADRE

¿Tú crees...?

FRANCISCO

Cógeme las manos.

EL PADRE

¡Estás temblando!

FRANCISCO

Es que ésta se la pago yo.

EL PADRE

Ya ves que soy capaz de protegerte.

FRANCISCO

Gracias, papá.

EL PADRE

Con broma.

A tu disposición, hijo.

FRANCISCO

Sí, cuando estés aquí. Pero ¿qué te ha hecho para que la trates así? Porque tú eres justo; y si no la quieres, es que te ha hecho algo grave. Papá, tú estás preocupado muchas veces. Díme por qué.

EL PADRE

Tengo un pleito.

FRANCISCO

El pleito no me importa.

EL PADRE

Pues si lo pierdo, te arruinas, hijo.

FRANCISCO

Lo mismo me da... No, cuéntame tus disgustos... con ella. ¿Soy demasiado joven para comprenderlo? No tanto como tú te figuras. Ya me ha salido una muela del juicio.

EL PADRE

Y á mí se me ha caído otra; de modo que el número de muelas no ha cambiado en la familia.

FRANCISCO

Te aseguro, papá, que he pensado ya mucho en esta vida. En el colegio leo muchísimo: libros prohibidos que nos prestan los externos, novelas...

EL PADRE

¡Necedades!

FRANCISCO

No, no, que todo instruye. ¿Quieres que adivine, que te haga una pregunta... al azar, por supuesto...? Si te parece que soy demasiado curioso, no contestas, y en paz. ¿Te lo pregunto?

EL PADRE

Pregúntalo.

FRANCISCO

Es que mi madre ha cometido...

EL PADRE

Que está sentado en el banco.

¿Un crimen?

FRANCISCO

¡Eso no!

EL PADRE

¿Un pecado?

FRANCISCO

¡Sí, pecado sí es!

EL PADRE

Entonces pregúntaselo al señor cura, que será quien lo sepa.

FRANCISCO

También lo sabrías tú, porque... porque sería, sobre todo, una falta.

Vacila.

Ayúdame, papá, una falta...

Suda.

EL PADRE

No te entiendo.

FRANCISCO

Decidiéndose.

Una falta grandísima contra la moral, el deber y el honor.

EL PADRE

¿Qué tonterías dices, Cabeza de zanahoria?

FRANCISCO

¿No es eso?

EL PADRE

Pero ¿estás loco?

FRANCISCO

No, no; si era una idea nada más.

EL PADRE

Tranquilízate. Tu madre es una mujer honrada.

FRANCISCO

¡Ah! Me alegro por la familia.

EL PADRE

Y yo también soy un hombre honrado, Cabeza de zanahoria.

FRANCISCO

De ti no he dudado nunca, papá.

EL PADRE

Tantas gracias.

FRANCISCO

Y, además, que sería muy distinto.

EL PADRE

Sí que estás más adelantado de lo que yo me figuraba...

FRANCISCO

Las lecturas... y como en los libros que he leído eso es lo que desarregla todos los matrimonios...

EL PADRE

En casa no nos ha hecho falta eso.

FRANCISCO

Entonces... no sé.

EL PADRE

Busca, hijo, busca. Has de saber que esa honra
dez que tanto te preocupa no basta para hacer un
matrimonio como Dios manda.

FRANCISCO

¿Pues qué más hace falta? ¿El amor?

EL PADRE

Permíteme que te diga que empleas una palabra
cuyo sentido ignoras.

FRANCISCO

Es verdad... pero entonces...

EL PADRE

No te devanes los sesos, hijo. Lo primero que hace falta en un matrimonio, acaso lo único, es entenderse, estar de acuerdo...

FRANCISCO

Ya entiendo, ya... compatibilidad de caracteres.

EL PADRE

Vaya por la compatibilidad. Ahora bien; el carácter de tu señora madre es el polo opuesto del mío.

FRANCISCO

Sí, no os parecéis.

EL PADRE

¡Ni por asomo! Yo aborrezco la charlatanería, el desorden, la mentira... y á los curas.

FRANCISCO

Y, ¡claro!, no os podéis entender. Ya lo notaba yo... ¿Y hace mucho tiempo que... no simpatizáis?

EL PADRE

¡Quince ó diez y seis años!

FRANCISCO

¡Diez y seis años! La edad que yo tengo.

EL PADRE

Sí, cuando tú naciste, tu madre y yo ya no nos podíamos aguntar.

FRANCISCO

¿Y no os reconciliasteis cuando vine yo al mundo?

EL PADRE

No, hijo. Llegaste demasiado tarde, en medio de nuestras últimas disputas. No te deseábamos. Me pides que te diga la verdad; te lo confieso. Puede que te sirva para comprender á tu madre.

FRANCISCO

No se trata de mí; pero como dicen que en esos casos los esposos se suelen reconciliar con el menor pretexto...

EL PADRE

Una vez, dos veces... pero no siempre.

FRANCISCO

Todavía estáis á tiempo. La última.

EL PADRE

Yo ya no me muevo.

FRANCISCO

Poniendo un pie en el banco.

Papá, y tú, que eres tan observador, ¿cómo te pudiste casar con mamá?

EL PADRE

¡Qué sé yo! Hacen falta años, hijo, para conocer á una mujer, á la propia, y cuando llega uno á conocerla, ya no tiene remedio.

FRANCISCO

¡Y el divorcio!

EL PADRE

¡Imposible! Ya se lo he propuesto, desesperado algunas veces por esta vida estúpida que hacemos, pero no quiere.

FRANCISCO

¡Siempre la misma!

EL PADRE

¡Está en su derecho! No tengo que echarle en cara, como tú, mas que el ligero inconveniente de ser inaguantable. Esto acaso es bastante para que tú la dejes. Pero no basta para que yo me pueda librar de ella.

FRANCISCO

Sentándose junto á su padre

¿De modo, papá, que eres desgraciado?

EL PADRE

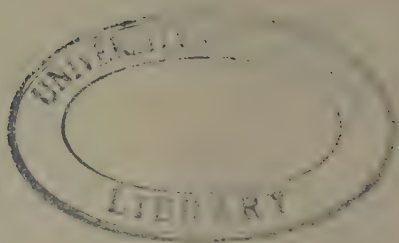
¡Digo!

FRANCISCO

¿Casi tan desgraciado como yo?



Fot. Kaulak.



EL PADRE

¡Si eso te consuela!

FRANCISCO

Me consuela hasta cierto punto. Pero, sobre todo me indigna. Yo, pase, no soy mas que su hijo; pero tú, tú que eres el padre, el que me manda, no lo puedo sufrir.

Se levanta y amenaza á la ventana con el puño cerrado.

¡Ah, mala, mala... merecías...!

EL PADRE

¡Cabeza de zanahoria!

FRANCISCO

¡No, si ha salido!

EL PADRE

¿Qué ademanes son esos?

FRANCISCO

Estoy desesperado... ¡por ti! ¡Qué mujer!

EL PADRE

¡Es tu madre!

FRANCISCO

¡Si no lo digo porque es mi madre! Sí, es mi madre, pero ¿y qué? O me quiere, ó no me quiere. Y si no me quiere, ¿á mí qué me importa que sea mi madre? Una madre es una buena madre; un padre es un buen padre. Si no, nadie es nada.

EL PADRE

Se levanta

Tienes razón.

FRANCISCO

A ti, por ejemplo, no te quiero porque eres mi padre. Total, ya sabemos que ser padre de alguien poco trabajo cuesta. Te quiero porque... porque...

EL PADRE

¿Por qué? No lo sabes...

FRANCISCO

Te quiero porque estamos aquí hablando los dos, porque me haces caso, porque me contestas como si fuera amigo tuyo, en lugar de darte tono con tu autoridad paternal.

EL PADRE

¡De bastante me sirve!

FRANCISCO

Oye, papá... La familia, ¡qué invención tan simpática!

EL PADRE

¡No la he inventado yo!

FRANCISCO

¿Sabes cómo yo la defino? Después de pensar mucho, no creas. ¡La familia es una reunión forzada, bajo el mismo techo, de unas cuantas personas que no se pueden ver!

EL PADRE

Puede que no sea verdad en todas las familias; pero hay, dentro de la especie humana, más de

cuatro como la nuestra, sin contar las que están en el mismo caso y no tienen la sinceridad de confesarlo.

FRANCISCO

Mala suerte has tenido.

EL PADRE

Tú también.

FRANCISCO

Nuestra familia debiera ser los que nos quieren y los que nosotros queremos.

EL PADRE

Sí, lo difícil es encontrar. Más adelante, hijo, procura tropezar con esa ganga. Si tienes hijos, sé su amigo. Confieso que yo no he sabido serlo tuyo.

FRANCISCO

No te guardo rencor.

EL PADRE

Pudieras.

FRANCISCO

Casi no nos conocemos.

EL PADRE

Como disculpándose.

Es verdad. ¡Te he visto tan poco!... Primero tu madre te mandó á criar fuera. Después has vivido con tu padrino, que no tenía hijos. Bien te quería.

FRANCISCO

Un padrino no es un padre.

EL PADRE

Tú eres quien lo dice. Después pasas la vida en el colegio, como todos los niños, excepto los dos meses de vacaciones.

FRANCISCO

Sí, nunca me has visto tanto tiempo seguido como hoy.

EL PADRE

También es culpa tuya. Siempre estás escondiéndote, no hablas nunca. ¡Eres tan huraño...! La gente se explica.

FRANCISCO

Si puede.

EL PADRE

Hasta cuando vamos de caza, no dices nada.

FRANCISCO

Tú tampoco. Tú vas delante; yo voy detrás para no estorbarte, y tú andas, andas...

EL PADRE

Si la caza es lo único que me distrae...

FRANCISCO

¡Cualquiera te habla! En cuanto dice uno media palabra, frunces el ceño. Y te burlas de todo.

EL PADRE

¡Qué quieres, hijo! No comprendía, no adivinaba. Siempre pensando en el demonio del pleito, huyendo de mi casa, no te veía... No te conocía. Ya nos resarciremos. ¿Un cigarrillo?

FRANCISCO

No, papá gracias. Oye, cuando se me conoce, ¿salgo ganando algo?

EL PADRE

Mucho. Ya sabía que eras inteligente... pero eres mucho más de lo que yo pensaba.

FRANCISCO

Si me hubiera querido mi madre, puede que hubiera hecho algo bueno.

EL PADRE

Al contrario, Cabeza de zanahoria. Los niños mimados no sirven para nada bueno.

FRANCISCO

¡Ah! Y tú creías que era inteligente, pero egoísta, malo, tan feo por dentro como por fuera.

EL PADRE

En primer lugar, no eres feo.

FRANCISCO

Lo dice ella... á todas horas.

EL PADRE

Exagera.

FRANCISCO

Pero mi profesor de dibujo dice que soy guapo.

EL PADRE

Exagera también.

FRANCISCO

¿Sabes que me gusta no parecerte feo?

EL PADRE

Aunque lo fueras. Un hombre, en teniendo salud...

FRANCISCO

Salud sí tengo. Y en punto á lo moral, papá, ¿crees que soy mentiroso, gruñón, perezoso, que no tengo corazón, que...

EL PADRE

Basta, hijo, basta. Mentir... no sé que mientas.

FRANCISCO

Sí, algunas veces, por obedecerla.

EL PADRE

Eso no es cuenta.

FRANCISCO

¿Y crees que tengo el corazón seco?

EL PADRE

Eso no quiere decir nada. Yo también dicen que le tengo. Es porque no lloramos. Lo que sí eres es un poco gruñón.

FRANCISCO

Dispensa, papá. No gruño nunca.

EL PADRE

¿Entonces qué haces, cuando te metes en un rincón de cara á la pared?

FRANCISCO

¡Rabiar! ¡Rabiar contra una madre injusta!

EL PADRE

¡Yo que creí que estabas siempre de su parte!

FRANCISCO

¡Es el colmo!

EL PADRE

Es natural. La prueba, que cuando tu madre te preguntaba: ¿A quién quieres más, á papá ó á mamá?... respondías siempre...

FRANCISCO

¡Os quiero lo mismo á uno que á otro!

EL PADRE

Pero tu madre insistía: Cabeza de zanahoria, yo sé que tienes una ligera preferencia... Y tú acababas por responder: Sí, tengo una ligera preferencia...

FRANCISCO

¡Por mamá!

EL PADRE

Y ni una sola vez has dicho: ¡Por papá! Es una tontería, pero me ponías nervioso con tu ligera preferencia. ¡Y eso que no sabías lo que decías!

FRANCISCO

Sí lo sabía, sí; que me había mandado ella decirlo.

EL PADRE

¡Muy suyo!

FRANCISCO

Y ahora que soy mayor quiere que diga: Mi padre, en lugar de decir: papá. ¡Pero no lo dire!

EL PADRE

Conmovido.

¡Ay, chiquillo! ¡Francisco, hijo mío!

FRANCISCO

Asombrado y encantado.

¡Francisco! ¡Me llamas Francisco! ¡Me llamas por mi nombre!

EL PADRE

¿Te molestaba que te llamase Cabeza de zanahoria?

FRANCISCO

Tú, no... pero... ¿Me quieres?

Con pudor.

EL PADRE

Como á un hijo... perdido que se vuelve á encontrar.

Estrecha ligeramente á Francisco contra su pecho, pero sin besarle.

FRANCISCO

Separándose.

¡Si nos llega á ver!

EL PADRE

No he tenido suerte. Me equivoqué con ella, y me había equivocado con mi hijo.

FRANCISCO

Pero al contrario.

EL PADRE

Siempre es una compensación.

FRANCISCO

No, papá. Te compadezco sinceramente. Yo tengo el porvenir para crearme otra familia, para rehacer mi existencia, y tú, tú acabarás la tuya, tú pasarás toda la vejez con una persona que no tiene más gusto que hacer á los demás desgraciados.

EL PADRE

Sin sentimiento.

Tampoco ella es feliz

FRANCISCO

¿Que no es feliz ella?

EL PADRE

No, hijo; sería demasiada suerte.

FRANCISCO

¿No es feliz cuando me da de bofetadas?

EL PÁDRE

Sí, entonces, sí... Pero contigo no tiene mas que esa felicidad.

FRANCISCO

Es todo lo que puedo ofrecerla. ¿Qué más quiere?

EL PADRE

Con gravedad.

Querría tu cariño.

FRANCISCO

¡Mi cariño! El tuyo, no digo que no.

EL PADRE

¡Oh, al mío... ha renunciado! El tuyo nada más.

FRANCISCO

¡Mi madre echa de menos mi cariño! ¡Entonces no entiendo nada de la vida!

EL PADRE

¿Te asombra que una persona sufra porque no sabe hacerse querer?

FRANCISCO

Pero ¿tú crees que sufre?

EL PADRE

Estoy seguro.

FRANCISCO

¿Y que es desgraciada?

EL PADRE

Lo es.

FRANCISCO

¿Desgraciada... como tú?

EL PADRE

Casi, casi.

FRANCISCO

¡Tanto como yo!

EL PADRE

Nadie tiene esa pretensión, hijo.

FRANCISCO

¡Papá, me confundes! ¡Nunca se me había ocurrido!

Se sienta y esconde la cabeza
entre las manos.

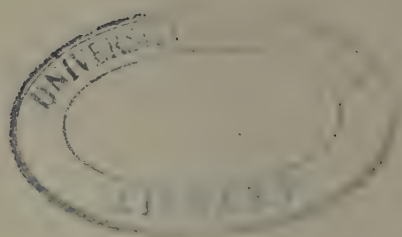
EL PADRE

Con esfuerzo.

Y aquí nos tienes, sufriendo todos. Habría que entenderse, y no es posible. Puede que ella piense también que ha tenido mala suerte conmigo. ¡Quién sabe si con otro...! No encontrando en ella lo que deseaba, he sido rencoroso, implacable, y la dureza que he tenido con ella la ha pagado contigo. Contigo tiene toda la culpa; conmigo, es posible que no. A veces me pregunto... Pero aunque me estuviera preguntando hasta el fin del mundo... Es demasiado tarde; se acabó, ¡y basta! Vámonos de caza una ó dos horas, que nos sentará bien.



Prof. Kaulak.



Levanta con la mano la cabeza
de Francisco.

¿Por qué lloras?

FRANCISCO

Con la cara bañada de lágrimas.

Por eso que me has dicho. ¡Mi madre, mi madre
desgraciada porque no la quiero!

EL PADRE

Con amargura.

Pues quiérela, si tanto te apura.

FRANCISCO

Irguiéndose con protesta vio-
lenta.

¡Yo!

ESCENA X

DICHOS y ANITA

ANITA

Acercándose.

Señor, ¿puede volver la señora?

Francisco se limpia rápidamen-
te los ojos.

EL PADRE

Muy serio.

¿Ahora pide permiso?

ANITA

No, señor; ella no. Soy yo, que vengo antes para ver si el señor sigue enfadado.

EL PADRE

Yo no me enfado nunca. Que vuelva si quiere. La casa es tan suya como mía.

ANITA

Había ido á la iglesia.

EL PADRE

¡A casa del cura!

ANITA

No, señor, á la iglesia. ¡Si viera usted lo que ha llorado y la pena que tiene...! ¡Sí, señor! ¡Ahí está!

El padre vuelve la espalda á la puerta. La madre aparece con los ojos bajos y el aspecto abatido.

FRANCISCO

En un arranque.

¡Mamá, mamá!

La madre se para y mira seriamente á Francisco como diciéndole que hable, pero él se queda helado al mirarla.

FRANCISCO

Perdiendo el entusiasmo.

Nada.

La Madre pasa y entra en la casa. Anita sale por la puerta del patio.

ESCENA XI

FRANCISCO y EL PADRE.

EL PADRE

¿Qué la querías?

FRANCISCO

¡No vale la pena!

EL PADRE

¿Te sigue dando miedo?

FRANCISCO

Sí... un poco menos. ¿Le has mirado á los ojos?

EL PADRE

¿Qué tenían de nuevo?

FRANCISCO

Que no echaban chispas como de costumbre. Estaban tristes, tristes... pero á ti ya no te convence; ¿verdad, papá?

Silencio del padre.

¡Pobre papá! ¡Pobre mamá! Aquí no hay nadie feliz mas que mi hermano. Pescando en el molino... ¿Me echará de menos?

EL PADRE

¿Pero sigues empeñado en marcharte?

FRANCISCO

¿No me lo aconsejas?

EL PADRE

¿Después de lo que hemos hablado?

FRANCISCO

Qué bien lo hemos pasado, ¿verdad?

EL PADRE

Hace diez y seis años que no hablaba tanto seguido, y no te prometo mucha conversación, porque hablador no soy.

FRANCISCO

Lo siento. Pero si me quedo, ¿qué actitud voy á tomar con mi madre?

EL PADRE

La más sencilla: la mía. No dirigirle la palabra.

FRANCISCO

¡Es que hay que ser un hombre para atreverse á hacer lo que tú haces!

EL PADRE

Hombre eres tú.

FRANCISCO

Y si me pregunta quién me ha mandado que sea como soy, ¿le digo que me lo has mandado tú?

EL PADRE

Díselo.

FRANCISCO

En esas condiciones, acaso que pueda ser...

EL PADRE

¿Vacilas?

FRANCISCO

Estoy reflexionando; la cosa lo merece.

EL PADRE

Mucho tardas...

FRANCISCO

¿Te aburrirías solo, papá? ¿Te daría pena vivir sin mí?

El padre no responde.

Pues bien, sí; está decidido ¡Me quedo yo también! ¡No te abandono!

OBRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA

VIDA Y DULZURA.—Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia).

LA SOMBRA DEL PADRE.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

HECHIZO DE AMOR.—Comedia de polichinelas en un acto y dos cuadros. (Teatro Cervantes).

EL AMA DE LA CASA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

CANCIÓN DE CUNA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

PRIMAVERA EN OTOÑO.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa).

EL PALACIO TRISTE.—Cuento fantástico en un acto. (Teatro de la Princesa).

LA SUERTE DE ISABELITA.—Zarzuela en un acto y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja (Teatro de Apolo).

LIRIO ENTRE ESPINAS —Comedia en un acto. (Teatro de Apolo).

LA FAMILIA REAL.—Zarzuela en dos actos y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja (Teatro de Apolo).

EL POBRECITO JUAN —Comedia en un acto. (Teatro Lara).

MADAME PEPITA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Comedia).

LA TIRANA.—Zarzuela en dos actos, música del maestro Lleó. (Teatro Eslava).

MAMÁ.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa).

SÓLO PARA MUJERES.—Conferencia contra el amor renunciada por una de sus víctimas. (Teatro de la Princesa).

MADRIGAL.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

EL ENAMORADO.—Paso de comedia. (Teatro de la Comedia).

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

EL ENFERMO CRÓNICO.—Comedia en un acto de Santiago Rusiñol. (Teatro Lara).

BUENA GENTE —Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Comedia).

LA MENTIRA PIADOSA.—Comedia en tres actos de Francis de Croisset. (Teatro de la Comedia).

LOS ABEJORROS.—Comedia en tres actos de Brieux. (Teatro de la Comedia).

TRIPLEPATTE.—Comedia en cinco actos de Tristan Bernard (Teatro de la Comedia).

EL ARREGLO DE LA CASA.—Comedia en un acto de G. Courteline. (Teatro de la Comedia).

LA MADRE.—Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa).

EL HERMANO.—Comedia en un acto de A. Daudet. (Teatro Príncipe Alfonso).

CIGARRAS Y HORMIGAS.—Poema en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Príncipe Alfonso).

LA SUERTE DEL MARIDO.—Comedia en un acto de Flers y Caillavet. (Teatro de la Comedia).

ALIVIO DE LUTO.—Comedia en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Lara).

EL REDENTOR.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español).

EL INDIANO.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español).

CABEZA DE ZANAHORIA.—Comedia en un acto de Jules Renard. (Teatro Lara).



3,50

PESETAS

POVEDA - MADRID



862.59 M37A



a39001 008138680b

862.5
M37

19433

